





INTRODUCCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA 1857

Ali, Tariq

Piratas del Caribe, el eje de la esperanza - 1a ed. -
Buenos Aires : Luxemburg, 2007.
300 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Virginia Feinmann y Verónica Julian
ISBN 978-987-21734-6-3

1. Ensayo Político. I. Feinmann, Virginia, trad. II. Julian,
Verónica, trad. III. Título
CDD 864

COLECCIÓN BATALLA DE IDEAS

INTRODUCCIÓN A LA CRÍTICA
DE LA ECONOMÍA POLÍTICA
1857
KARL MARX

Escrito entre agosto y septiembre de 1857.

Versión revisada de la traducción al español del manuscrito del
Instituto de Marxismo Leninismo.

Ediciones
Luxemburg
Buenos Aires, Argentina

Colección Batalla de Ideas
Director: Atilio A. Boron

Introducción a la crítica de la economía política / 1857 - Karl Marx
Estudio Introductorio. Notas sobre el pensamiento de Karl Marx
en la Introducción de 1857 - Julio C. Gambina

©Ediciones Luxemburg

Tandil 3564 dpto. E, C1407HHF, Ciudad de Buenos Aires, Argentina
edicionesluxemburg@yahoo.com.ar
Teléfonos: [54 11] 4611 6811 / 4304 2703

1a Edición, Ciudad de Buenos Aires, febrero de 2008

Edición: Ivana Brighenti

Corrección: Lucas Sablich

Índices analítico y onomástico: Verónica Julián

Diseño editorial: Miguel A. Santángelo

Impresión: Imprenta de Las Madres

Distribución

Badaraco Distribuidor

Entre Ríos 1055 local 9 y 10, C1080ABE,

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

badaracodistribuidor@hotmail.com

Teléfono: [54 11] 4304 2703

ISBN 978-987-21734-8-7

Ediciones
Luxemburg

Gabriel Badaraco

Ivana Brighenti

Paola Gallo Peláez

Marcelo F. Rodríguez

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Impreso en Argentina

SUMARIO

Estudio Introductorio	9
Notas sobre el pensamiento de Karl Marx en la <i>Introducción</i> de 1857	
Julio C. Gambina	

Introducción a la crítica de
la economía política / 1857

Introducción
Producción, consumo, distribución,
intercambio (circulación)

I. Producción	55
El objeto a considerar es, en primer término, la <i>producción material</i> / Eternización de las relaciones de producción históricas. Producción y distribución en general. Propiedad	
II. Relación general entre la producción y la distribución, el intercambio y el consumo	63
La producción es también inmediatamente consumo / Distribución y producción / Intercambio y producción	

III. El método de la economía política	77
IV. Producción. Medios de producción y relaciones de producción. Relaciones de producción y relaciones de circulación. Formas del Estado y de la conciencia respecto de las condiciones de producción y de circulación. Relaciones jurídicas. Relaciones familiares El arte griego y la sociedad moderna	89
ANEXO <i>Prólogo de Contribución a la crítica de la economía política (1859)</i>	95
Índice analítico [de los textos de Marx]	103
Índice onomástico [de los textos de Marx]	109



ESTUDIO INTRODUCTORIO

NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO DE KARL MARX EN LA INTRODUCCIÓN DE 1857

JULIO C. GAMBINA

INTRODUCCIÓN



En agosto de 2007 se cumplieron 150 años del comienzo de la escritura de la *Introducción*, un texto con el Karl Marx pretendía exponer el avance de sus estudios económicos, con los que se había empezado a involucrar seriamente desde 1844 con los *Manuscritos económicos y filosóficos*. Estos *Manuscritos* recién se conocieron en 1932, y la *Introducción* en 1939. Con la difusión de esos y otros textos se generaron grandes polémicas dentro de la tradición tributaria del pensador revolucionario. Ese es el antecedente sobre la discusión y las argumentaciones teóricas de un Marx joven (el de los *Manuscritos* de 1844) y otro maduro (el de *El capital*, cuyo Tomo I se publicó en 1867). Son debates que aún perduran entre aquellos que pretendemos asumir su legado histórico para cambiar el mundo en nuestro tiempo. Nuestra tesis favorece un criterio de desarrollo de una epistemología materialista histórica en el propio Marx sobre la base del estudio y la crítica de la economía política; su práctica social, política e intelectual siempre en discusión militante. Ello parece más acertado que pensar en contradicciones inmanentes al pensamiento en distintos momentos de la vida del revolucionario.

Aún siendo la *Introducción* una obra inconclusa, escrita en el medio de ese período (el joven y el viejo Marx), el texto de nuestro interés tiene su importancia, ya que en su exposición y abrupto fi-

nal quedan en claro las tendencias principales de las preocupaciones del intelectual revolucionario y las propias dudas que lo hacen abandonar el intento de anticipar en una introducción el contenido de sus estudios. En realidad, se trata de una constante en Marx, donde todo lo escrito es parte de un pensamiento más completo a escribir e indagar para completar. La *Introducción* fue redactada entre el 23 de agosto y mediados de septiembre de 1857 como prefacio de su *Contribución a la crítica de la economía política*, la que se publicará en 1859 con un prólogo donde explicará:

Suprimo una introducción general que había esbozado, prescindiendo de ella porque, habiendo reflexionado, me parece que adelantar resultados que es necesario demostrar primero sólo puede molestar; el lector que quiera realmente seguirme deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general (pp. 95).

Mejor que anticipar las conclusiones, los interesados deberán seguir el texto en su totalidad y magnitud, destaca Marx.

El texto constituye una parte de los estudios económicos desarrollados por Marx entre 1857 y 1858, que retoman trece años después las conclusiones de 1844 y posteriores estudios de 1851-1852, y que son artículos a syndicar como los que marcan el derrotero del pensamiento que desemboca en *El capital* (1867), en tanto rumbo que asume el aporte intelectual de Karl Marx para fundamentar la revolución social. Es un tema que Marx destaca en el Prólogo de 1859 cuando da cuenta de sus estudios, especialmente en economía política, el eje esencial para desentrañar la realidad y su transformación. No es un detalle menor consignar los períodos que Marx dedicaba al estudio, especialmente para las nuevas camadas de intelectuales de izquierda, ya que no siempre se contempla la militancia política cotidiana, teórica, de cualquier pensador revolucionario, y qué mejor que remitir al intelectual revolucionario por excelencia. De allí la importancia de sus estudios articulados con la militancia. Se trata de una búsqueda teórica para fundamentar una práctica de transformación revolucionaria de la sociedad. Entre los *Manuscritos* (1844), la *Introducción* (1857) y *El capital* (1867), median la participación en la lucha y organización de los trabajadores, la Liga de los Comunistas, varios exilios y la Asociación Internacional

de los Trabajadores. Teoría y práctica integradas como espejo para pensar en invariantes de un perfil intelectual para la crítica del capitalismo en nuestro tiempo.

LA PRODUCCIÓN Y EL MÉTODO: DOS ASPECTOS CENTRALES DE LA INTRODUCCIÓN

En el texto de nuestros comentarios se consideran y afirman dos cuestiones clave para la economía política. Una de ellas remite a la centralidad de la producción y la otra al método de investigación en la disciplina científica. Son los clásicos del pensamiento económico los que asumen la centralidad de la producción para analizar la realidad de la economía, y con el método de la abstracción, Marx discutirá a los clásicos y a sus vulgarizadores. Es un tema relevante en nuestro tiempo, especialmente cuando se intenta autonomizar aspectos del ciclo integral de la economía, por ejemplo, el movimiento de dinero, o cuando se enfatizan aspectos “concretos” de la “economía pura” tal como instalaron desde 1890 Alfred Marshall y los neoclásicos, hegemónicos desde entonces, aunque cuestionados por Keynes, el discípulo que se transformó en el máximo exponente del pensamiento económico, incluso más allá de su influencia en vida. El keynesianismo, y su crítica a la ortodoxia previa, se transformó en la corriente hegemónica en la disciplina científica y entre los profesionales asociados al establecimiento de políticas económicas de los estados. La crisis emergente a mediados de los '70, que afectara seriamente la tasa de ganancia, impulsó una nueva contraofensiva intelectual hasta la emergencia del neoliberalismo. Allí se generaron nuevas condiciones para la entronización de otra corriente hegemónica en la disciplina económica. Fue su máximo vocero, Milton Friedman, quien con su Nobel en 1976 otorgó legitimidad al monetarismo como corriente principal del pensamiento económico. Ahora, como entonces, se nos presenta el desafío del estudio del modo de producción y reproducción de la dominación y explotación capitalista.

Por lo primero, el estudio de la producción, puede considerarse a Marx un economista clásico, continuador de la línea impresa por

Adam Smith[1] y David Ricardo[2], indiscutidos intelectuales que superaron la estrechez de las corrientes precedentes, principalmente mercantilistas y fisiócratas, para identificar al trabajo como la fuente del valor. Claro que Marx introduce una complejidad de relaciones entre la producción, la distribución, el intercambio y el consumo, elevando la reflexión sobre los fenómenos económicos a un lugar sin precedentes en la disciplina científica de la economía política, que luego se completará en los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse, 1857-1858)*, con el desarrollo de la teoría de la plusvalía, en rigor, la clave del aporte teórico de Marx.

La discusión de Marx alude a que, para sus criticados predecesores, las categorías económicas tienen un carácter universal, sin considerar el carácter específico e histórico, capitalista, de las mismas. En la segunda cuestión se aporta claramente una ruptura epistemológica con los economistas clásicos, poniendo el acento en la abstracción para poder captar la esencia de los fenómenos económicos. La propia relación antes mencionada entre la producción, la distribución, el intercambio y el consumo requiere de importantes niveles de abstracción para asumir la totalidad de los fenómenos en estudio. Partir de lo concreto fenoménico y en la abstracción descubrir los elementos esenciales, su dinámica de interacción, y desde allí reconstruir el proceso de concretización progresiva para arribar al fenómeno ahora conocido en esencia, o dicho de otro modo, a lo concreto pensado, al fenómeno ya estudiado.

Marx parte de criticar la tendencia a la vulgarización que presentaban los manuales sobre economía política en su época. Sostiene que esos autores se enredaban en las argumentaciones al comenzar sus explicaciones con el análisis de aspectos concretos (por ejemplo, la población) y que luego necesitaban realizar un ejercicio de abstracción para que finalmente emergieran los conceptos (categorías) abstractos con las cuales poder reemprender el proceso del conocimiento (por ejemplo, la población como totalidad no explica las clases sociales y menos las formas de la distribución, salarios y ganancias). Con

[1] Su principal obra fue *Una investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, publicada en 1776.

[2] La principal obra, *Principios de economía política y tributación*, fue publicada en 1817.

Marx se emprende el camino metodológico de la abstracción para el conocimiento de lo concreto. El asunto es interrogarse sobre lo concreto, emprender el proceso de abstracción y con la categoría abstracta reemprender la reconstrucción hacia el fenómeno concreto ahora conocido. Es lo que permitirá a la economía política, desde Marx, partir de los precios (el fenómeno concreto que aparece a simple vista y que cualquiera conoce sin preguntarse cuál es su fuente) para conocer (haciendo abstracción) el valor (que es la esencia, lo abstracto) y desde allí describir las formas del valor (dinámica de movimiento de la esencia) para arribar a la forma dinero del valor y su transformación en fetiche (fenómeno social de subordinación del ser humano a su propia creación, que denota, en definitiva, la incompreensión del fenómeno). La abstracción permite la desmitificación de los múltiples fetiches construidos en el capitalismo, cual símbolos de la dominación de clases. Así, con Marx, el estudio del dinero aparece como lo concreto estudiado, fenómeno conocido en su evolución dinámica de forma de la esencia, de forma del valor, para fundamentar la justicia de la expropiación a los expropiadores. Es el fundamento de la revolución.

En su *Historia de las doctrinas económicas*, Eric Roll (1984) remite específicamente al texto de nuestro estudio para señalar que en la búsqueda de la fuerza motriz del cambio, de la política, de la relación de esta con la economía, es clave comprender el método con el cual trabaja Marx. Roll destaca:

Es importante subrayar la peculiaridad del método que sigue Marx para tratar el problema. Este método está expuesto en la *Introducción a la crítica de la economía política*, y sin su conocimiento es difícil comprender el análisis subsiguiente en *El capital*. Primero analiza los cuatro departamentos en que los economistas han dividido la actividad económica: producción, consumo, distribución y cambio. Distingue las cualidades universales de estas categorías, que poseen validez para todos los tiempos, y las cualidades históricas, que sólo son importantes para una fase particular de la evolución social. En las obras de los economistas no socialistas, dice Marx, esas dos series de cualidades andan constantemente mezcladas, confusión que es una parte del error general de considerar eterno al sistema capitalista. Admite que hay una relación entre esos cuatro departamentos.

Este trabajo de Eric Roll data de 1939 y fue corregido y aumentado en 1973 y esgrime uno de los argumentos que nos permite pensar más en rupturas sucesivas que en contradicciones en el pensamiento de un Marx joven y otro viejo. La lógica del método explicada en 1857 está aplicada una década después en el Tomo I de su máxima obra teórica. Para analizarlo en *El capital* en su conjunto, debe considerarse al Tomo I como el de máxima abstracción, donde aparece el fenómeno de la riqueza y la plusvalía como esencia; el Tomo II analiza la esencia en movimiento y en el Tomo III se materializa la concretización del sistema en su conjunto. Primero la producción, segundo la circulación y tercero la producción y circulación en conjunto, que es el fenómeno concreto percibido, que para ser conocido en profundidad requiere de la abstracción.

El estudio de la producción y la explicitación del método de la economía política son los principales aspectos que aborda Marx en su *Introducción*. Luego encontrará en la producción el misterio irresuelto por los economistas clásicos: el plusvalor extraído mediante la explotación de la fuerza de trabajo. El excedente o *produit net* irresuelto en Adam Smith encuentra explicación en el largo proceso de investigación construido por el intelectual asociado a otros, especialmente con Friedrich Engels (muchas veces denostado por su carácter de albacea teórico del pensamiento de Marx, principalmente luego de la muerte de este) y al movimiento revolucionario, teórico y práctico de su época.

En rigor, si se piensa la primera cuestión señalada, la producción, y se analiza integralmente su obra (en proceso de construcción, de investigación y de exposición), no se la puede considerar como continuadora de la escuela clásica en economía, bautizada así (clásica) precisamente por Marx[3]. A la hora de evaluar la vigencia de Marx, más que pensar en el aporte continuador de una

[3] En la primera cita al pie de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, John Maynard Keynes (1983) señala: “Los ‘economistas clásicos’ fue una denominación inventada por Marx para referirse a Ricardo, James Mill y sus predecesores, es decir, para los fundadores de la teoría que culminó en Ricardo. Me he acostumbrado, quizá cometiendo un solecismo, a incluir en la ‘escuela clásica’ a los continuadores de Ricardo, es decir, aquellos que adaptaron y perfeccionaron la teoría económica ricardiana, incluyendo (por ejemplo) a J.S. Mill, Marshall, Edgeworth y el profesor Pigou”.

corriente, el análisis debe concentrarse en la crítica a la economía política, que es el sustrato de validez más destacado del legado y las enseñanzas del revolucionario alemán. No estamos ante el último gran pensador clásico de la economía política, sino ante el mayor crítico de esa corriente y con el objeto de fundamentar la necesidad de asumir la construcción de la vida cotidiana, en otro orden social, a partir del desarrollo subjetivo del conocimiento y la capacidad de creación (práctica y teórica) que tienen los trabajadores (manuales e intelectuales). Es un momento constituyente del conocimiento de la práctica transformadora que colectivamente pretendemos desde entonces continuar. Ahora se trata de la crítica a la economía política actual, expresada en sus corrientes neoliberales, hegemónicas.

Si con Smith el centro de la economía política es la producción y con Ricardo la distribución, con Marx se articula producción y distribución. El proceso integral de la producción, la distribución, el intercambio y el consumo es sometido a un profundo análisis para integrar una mayor comprensión de los fenómenos sociales derivados de las relaciones humanas para la producción, reproducción y el desarrollo de la vida. Son estudios de gran utilidad para comprender los fenómenos actuales de expansión global de la producción y de regresión en la distribución de esa riqueza socialmente generada. Puede pensarse que con la crítica de Marx se cierra un capítulo del pensamiento económico, el de la escuela clásica. Con su crítica y aportes, Karl Marx cierra el camino de la disciplina científica para los intelectuales de la burguesía, luego se habilita el espacio de la apologética. En un didáctico y breve texto escrito por Maurice Dobb se diferencia el objeto de estudio de la economía en los clásicos, incluido Marx, respecto de los modernos, para concluir que “el material que [los modernos (neoclásicos)] usan llega en realidad a soluciones que de hecho se refieren a cuestiones de un sentido completamente diverso y más limitado” (Dobb, 1973), para recordar que en definitiva la economía política surge como una apologética del individualismo y puede estar condenada a ese destino.

El pensamiento de Marx cierra un momento histórico de la inspiración científica sobre la economía y, de hecho, induce a nuevos territorios de búsquedas. Es la base de la vuelta a los clásicos, desde otro lugar, y por ello el pensamiento neoclásico. Si en 1867 se publi-

ca el Tomo I de *El capital* y para 1871 se procesa la Comuna de París, primer intento de poder obrero en el capitalismo, los pensadores de la economía se verán obligados a generar una ruptura epistemológica, que se expresa en la aparición de los neoclásicos, desde la escuela austríaca con los aportes de Karl Menger en 1871 a los escritos de Alfred Marshall en 1890, quién sintetiza la disciplina como “economía”, sacándole el aditamento “política”, para intentar transformar a la ciencia social en una técnica. Es el paso conceptual de la teoría objetiva a la subjetiva del valor. Es el momento del abandono de la dinámica en la historia. Esta se vuelve estática y se retoma la concepción de la eternidad de las relaciones capitalistas. Es el paso de la producción al consumo con la teoría de la utilidad marginal. Clásicos y neoclásicos impondrán como máxima por mucho tiempo la concepción del “dejar hacer” contra la intervención del Estado, de Smith a Marshall y el pensamiento hegemónico entre fines del siglo XVIII y comienzos del XX, de 1776 a 1929 (¡más de un siglo y medio!). Tendrá que mediar la crisis del 1929-1932 para que John Maynard Keynes (1983) reinstale la crítica, reposicione y resignifique la crítica al Estado, pues ya no se trataba del Estado absolutista de fines del siglo XVIII, sino del Estado capitalista que en el primer tercio del siglo XX ya había desarrollado experiencias “exitosas” de intervención económica, con Roosevelt y el *New Deal* de 1932 y antes Mussolini y Hitler con la asociación del poder económico y militar con el estatal; y en rigor, antes, el poder soviético que entre 1917 y 1930 escapaba a los efectos de Wall Street y la crisis desde la planificación estatal para la industrialización de su producción y el intento de transformar las relaciones sociales de producción para construir el socialismo.

Los neoclásicos volvieron a Smith, pero no ya con la preocupación del valor de cambio, sino centrando su análisis en la utilidad, en el valor de uso. Serán los neoliberales los que criticarán a la corriente mayoritaria del keynesianismo para volver al liberalismo de Smith en el último tercio del siglo XX. Es la negación de la negación. Con Keynes se niega el dejar hacer y con los neoliberales se niega a Keynes. Con el Nobel de Economía en 1976 a Milton Friedman se legitima un nuevo período en el pensamiento económico y una nueva corriente principal se instala y pretende inspirarse en el vie-

jo liberalismo originario, pero ya no se trata de combatir al Estado absolutista, sino al gasto público y la intervención del Estado arrancados por las luchas reivindicativas de los trabajadores y la presión internacional aleccionadora de la planificación socialista extendida en el este de Europa, China, Cuba y Vietnam.

Otra vez, el pensamiento crítico se encuentra frente al desafío de asumir el legado de Marx y realizar la crítica a la economía política neoliberal, hoy corriente hegemónica en la escena global; y así como hace cuarenta años los teóricos de la dependencia en América Latina, especialmente Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Orlando Caputo, entre otros, intentaban un camino propio de crítica a la corriente hegemónica, en este comienzo del siglo XXI e inspirados en una dinámica social histórica de crítica a la política neoliberal, el pensamiento crítico renueva sus desafíos para otorgarle horizonte intelectual a una práctica social de búsqueda emancipadora.

SOBRE EL TEXTO Y LA TENSION ENTRE INVESTIGACIÓN Y EXPOSICIÓN DE LAS CONCLUSIONES

La *Introducción* es un texto corto, inconcluso, de poco más de treinta páginas y escrito en cuatro apartados, entre el 23 de agosto de 1857 y la mitad de septiembre de ese año. Poco menos de un mes para un texto que se insinúa con pretensiones, pero que claramente es abandonado por el pensador de Tréveris para profundizar luego en la elaboración, entre 1857 y 1858, de los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Son esos los materiales de base para publicar la *Contribución a la crítica de la economía política* con el difundido Prólogo (Prefacio) en 1859. Los *Elementos fundamentales (Grundrisse)* serán publicados recién en 1939. Sólo para clarificar, digamos que Marx se dispone a presentar su objeto de estudio en 1857 y comienza escribiendo una introducción que luego abandona, pues reconoce las insuficiencias de su investigación. Eso explica sus estudios posteriores entre 1857 y 1858, los que se divulgan en forma completa, recién en 1939: los *Grundrisse*. Esos *Elementos fundamentales* son el material utilizado para presentar (exponer) una síntesis del pensamiento en la *Contribución* en 1859 y nuevamente, tal como

ocurrió con la *Introducción*, incorpora un Prólogo o Prefacio que dice mucho más que lo expuesto en el texto divulgado.

Podemos afirmar que en Marx hay una tensión permanente entre método de investigación y método de exposición de sus resultados, entre práctica militante y práctica teórica, en una sucesión permanente de abstracción y concretización progresiva para asimilar los fenómenos esenciales de la explotación del hombre por el hombre. En esos escritos de 1857 (*Introducción*) y 1859 (Prólogo) se anticipan conclusiones o líneas de pensamiento que están por delante de los textos completos hasta entonces, porque en el pensamiento ya estaban algunas conclusiones a demostrar en sucesivos escritos que, en rigor, nunca pudieron materializarse. Vale también considerar otras razones para explicar el carácter incompleto de la obra de Marx, entre ellas, la censura, tal como relata José Aricó en la presentación del capítulo sexto inédito de *El capital*, escrito alrededor de 1863 y editado en Moscú en 1933.

Quizás tenga razón el traductor de la edición italiana, Bruno Maffi, al señalar que le hubiera sido imposible a Marx conseguir un editor burgués que aceptara sacar el libro con ese final políticamente tan comprometedor. Porque es claro que en este capítulo VI convergen el conjunto de problemas abordados a veces de manera abstrusa y de difícil lectura a todo lo largo del primer tomo. El texto muestra claramente el sentido que Marx quería dar a su obra y las razones que tenía para pensar que con ella asestaba a la burguesía un golpe del que jamás podría recuperarse. *El capital* y el *Manifiesto Comunista* aparecen ahora absolutamente soldados y toda idea de una “ruptura” del pensamiento de Marx entre una etapa de “juventud” y otra de “madurez”, resulta seriamente quebrantada (Aricó, 2000).

Recordemos algo ya dicho, pero sobre lo que vale la pena insistir, que en el Prólogo o Prefacio de 1859, Marx dirá: “Suprimo una introducción general que había esbozado, prescindo de ella porque, habiendo reflexionado, me parece que adelantar resultados que es necesario demostrar primero sólo puede molestar; el lector que quiera realmente seguirme deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general”. En el Prólogo o Prefacio de 1859 ya está desarrollada la investigación que se pretende insinuar en 1857, y

es más, lo manifestado en 1859 es aún superior a lo que se insinúa en los *Grundrisse* e incluso en *El capital*, la obra máxima (inconclusa) de Marx, no sólo por haber entregado únicamente el Tomo I, sino porque los borradores editados por Engels del Tomo II y el III, como el trabajado por Kautsky, el IV, son obras en borrador de una parte mayor insinuada en varias oportunidades por Marx en sus escritos (borradores de 1857-1858). El plan completo de Marx, varias veces expresado desde el momento de la *Introducción*, remitía a seis capítulos, el estudio del capital, de la propiedad del suelo, del trabajo asalariado; del Estado, del comercio exterior y del mercado mundial. Son partes de un todo integral que requiere de la continua reflexión integral.

Muchas injustas críticas al Prólogo devienen de su contenido conclusivo más allá de lo presentado en la obra expuesta hasta entonces, la *Contribución*. No nos equivocamos en señalar que las conclusiones a que arribó Marx no terminaron de expresarse por escrito, en el sentido que Marx pensaba sobre la divulgación de sus conclusiones (muchos borradores son escritos y reescritos en varias ocasiones, a veces en forma obsesiva para conocer hasta lo último indagado sobre un tema). Pero, aunque no divulgara las conclusiones, estas se anticipaban en introducciones (1857) o prólogos (1859) que dicen mucho más que los estudios divulgados a posteriori de esas presentaciones introductorias (incluso en *El capital*). Esta afirmación puede ser considerada una especulación, y admito que lo es, porque el pensar revolucionario, con rigor científico, también necesita de la audacia que definen los fines últimos propuestos por el intelectual. La *Introducción* es para anticipar algo que aún no está del todo estudiado, por ejemplo, la plusvalía, que es sin duda el gran aporte teórico de Marx para elucidar la esencia del capital, la esencia de la producción capitalista, la razón de ser de la ganancia del capitalista y, por ende, la justificación de la “expropiación a los expropiadores”.

Cuando escribe la *Introducción* no hay una teoría del plusvalor, y cuando finaliza los *Elementos fundamentales* de 1857-1858 ya está el esbozo de lo que luego fundamentará con claridad en *El capital*, en 1867, diez años después. Pero en el Prólogo de 1859 también hay anuncios muy superiores al texto que el mismo precede: la *Contri-*

bución a la crítica de la economía política, un anticipo de buena parte del Tomo I de *El capital*.

LA LÓGICA EN LA INTRODUCCIÓN DE 1857

El orden de exposición del texto de Marx tiene cuatro acápites. Comienza con dos acápites relativos a la producción. La producción en general, el primero, y la relación general entre la producción, la distribución, el intercambio y el consumo, el segundo. La tesis apunta a criticar los análisis de los economistas clásicos que tendían a considerar a la “producción en general”, eludiendo el carácter específico e histórico concreto de la producción capitalista, y analizar el proceso económico como una totalidad articulada de producción, distribución, intercambio y consumo. En el tercer acápite, quizá el mayor aporte teórico del escrito, aparece el método de la economía política, y en el cuarto, un análisis sobre los medios (fuerzas) de producción y las relaciones de producción –donde es evidente que el texto es abandonado para no retomarse nunca más–, y emergen apuntes y consideraciones muy sugerentes con relación a la producción artística y el vínculo entre desarrollo económico social y creación simbólica, que hablan a las claras de la multiplicidad de intereses de un intelectual muy alejado de ser definido en las restricciones de la disciplina científica de los fenómenos derivados de la economía.

CONSIDERACIONES SOBRE LA PRODUCCIÓN

Las primeras consideraciones se asocian a la producción en sociedad, en polémica con el uso de “las robinsonadas dieciochescas” en los ejemplos del “cazador y el pescador individuales y aislados, por los cuales comienzan Smith y Ricardo” sus explicaciones de las cuestiones económicas. Vale la pena recordar a Maurice Dobb y sus consideraciones sobre la apologética del individualismo liberal en los clásicos. La preocupación de Marx es ubicar el estudio en tiempo histórico y de allí la crítica a las “robinsonadas”. La idea

que resalta es que no existe el individuo en soledad, sino en sociedad, y además, en un momento de desarrollo histórico de esta, el capitalismo. Se encarga de diferenciar la producción en general (sujetos que actúan sobre un objeto y con determinados instrumentos o medios) en los distintos momentos del desarrollo histórico. No es lo mismo el sujeto productor en la antigüedad que el obrero en el capitalismo (del mismo modo, agreguemos, que no es igual el obrero de las primeras fábricas en tiempo de Marx, que el de las actuales); tampoco son iguales los objetos de una naturaleza escasamente explotada a los objetos derivados de los nuevos materiales generados en el proceso histórico contemporáneo (por ejemplo, el plástico); ni son similares los instrumentos que van del uso de la mano del hombre, pasando por herramientas simples a las complejas, producto de la computación y las nuevas máquinas automatizadas. Lo que interesa en la *Introducción* y en Marx es el estudio de la producción en el capitalismo (una producción específica), pues, esa es la condición, incluso, para entender los períodos históricos previos a la sociedad capitalista. El dinero existe desde antes, pero se trata de estudiar la especificidad que adquiere esa categoría en el capitalismo.

Marx critica el modo de estudiar los fenómenos económicos aludiendo a consideraciones sobre individuos particulares, propio de los economistas clásicos. Pero ese modo de estudiar el fenómeno social de la producción, mediante la conducta de los “individuos”, responde a las concepciones “individualistas”, filosóficas, predominantes en la lógica del pensamiento de época, liberal, en la subordinación de la sociedad, “sociedad civil” en Hegel, al Estado, en tanto organizador de la defensa de la propiedad privada mediante la justicia, la policía y el poder ordenador de las necesidades de los individuos; como si el capitalismo fuera producto eterno del orden social y no proceso de creación histórica del desarrollo humano. Se omite en los clásicos el carácter histórico del Estado capitalista, su emergencia producto del desarrollo social y su función en defensa del nudo de la explotación capitalista materializado en la relación entre el trabajo y el capital, ámbito de construcción de la sociedad civil, categoría lejana de su versión contemporánea reducida y restringida a los movimientos sociales. Las citas de Marx sobre Hegel y

la sociedad civil constituyen frases que inspiran a pensar creativamente sobre algunos fenómenos escamoteados por la concepción moderna de la categoría *sociedad civil*, que ha contribuido a diluir el papel de la explotación en la constitución de la sociedad capitalista y fragmentado el análisis de la totalidad de la sociedad en dos campos diferenciados: el social y el político. El primero reducido a los movimientos sociales y el segundo, a los partidos y a la representación política en el Estado, omitiendo así la interrelación y la función del Estado en el resguardo de la propiedad privada y la explotación.

La crítica de Marx apunta a considerar a la producción en su especificidad en el capitalismo, y no a su abstracción de la producción en general, puesto que así se esconde el mecanismo de la explotación, y de la especificidad de la explotación capitalista. Marx explica cómo al conjunto de intelectuales del capitalismo (Smith, Ricardo, Rousseau, Hegel), el desarrollo contemporáneo se les “aparece como un ideal que habría existido en el pasado. Ven en él, no una culminación histórica, sino el punto de partida de la historia” (pp. 56). Es el intento de normalizar y eternizar al capitalismo. El capitalismo es para estos pensadores, sobre los que cae la crítica de Marx, un modo de producción presente y pasado, y por tanto, también futuro. Se presenta así al capitalismo como eterno, y allí se encuentra el sustento teórico de pensamientos posteriores, los que anunciaron el fin de la historia en la agonía del siglo xx. El capitalismo habría triunfado con la desarticulación de la URSS en 1991, sobre el intento socialista surgido de la revolución rusa de 1917. Era la vuelta a la normalidad y a eternizar el modo capitalista de producción. Así es pensado y actuado por intelectuales y políticos contemporáneos que niegan la posibilidad de construir otro mundo posible, el socialismo. Mantiene así plena vigencia el propósito crítico de Marx al capitalismo y al pensamiento hegemónico en cada momento histórico.

La inversión dialéctica que Marx opera sobre las categorías en Hegel tiene su importancia en los debates actuales. Si para Hegel, el Estado (sus instituciones e ideas) es el ordenador de los conflictos de la sociedad civil (y su construcción), para Marx, en la sociedad burguesa, la relación de explotación (la sociedad civil) es la

que construye el Estado, las instituciones e ideas que defienden la propiedad privada y los intereses de las clases dominantes. Esto que aparece críticamente en la *Introducción* (1857) está claramente explicitado en el Prólogo (1859), donde señala:

Tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, tienen sus raíces en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política (pp. 96).

Luego de lo cual escribe el célebre pasaje donde resume:

En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de la conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social (pp. 97).

Median apenas dos años entre ambos textos, pero la idea expresada en general en 1857 tiene una redacción más cuidada y elaborada en 1859. La sociedad civil, la sociedad burguesa, con la teoría de la plusvalía insinuada ya en 1859, está asentada en la propiedad privada, y el Estado capitalista es el que defiende con sus le-

yes y su policía el *statu quo*. La producción capitalista tiene quien la sustente y defienda. La explotación es programa del Estado en el capitalismo. La lucha contra el capitalismo y su esencia, el capital construido con el trabajo no pagado, la plusvalía, supone al mismo tiempo la confrontación con el Estado capitalista. El liberalismo confrontó al Estado absolutista y Keynes resignificó la concepción de intervención estatal para sostener el capital, el capitalismo. La represión policial o militar, como el disciplinamiento social, jurídico, burgués, capitalista, son formas de expresión de la dominación y continuidad de una forma de relación social de explotación y requiere el renovado compromiso por la superación. Es un tema esencial, puesto que Marx discute que el punto de partida es la producción social en un tiempo histórico, el capitalismo. Con su modo de producción, la sociedad (desde el poder de sus clases dominantes) define las instituciones, símbolos e ideas para su defensa, la continuidad y la reproducción del capitalismo. Ahora, cuando se generalizan concepciones que remiten la sociedad civil al conjunto de organizaciones sociales, en contraposición de la sociedad política o ámbito de las funciones del Estado, se vuelve a velar, tal como indica Marx, “que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política”. Es precisamente en el momento histórico de mayor desarrollo social, del hombre produciendo en sociedad, para la sociedad, en que la imagen, símbolo, del “individuo” aparece contradictoriamente con más fuerza. El liberalismo será su expresión política y la libertad de mercado su expresión económica y, por ello, el neoliberalismo trabaja la misma subjetividad, por el individualismo y el libre comercio. La propiedad privada aparece como principio y fin del proceso social de producción, del modo de producción del ser humano. De allí la importancia de recuperar la concepción desarrollada por Marx de radicar la sociedad civil en la relación de explotación explicada por la teoría del plusvalor. Es lo que busca Marx en la *Introducción* (1857), es lo que aparece en los *Elementos fundamentales* (1857-1858) y se presentará en la *Contribución* (1859) y, cuidadosamente redactado, en el Tomo I de *El capital* (1867). Como se ha sostenido, luego de esta aportación de Marx, la economía política recrea su carácter de apologética más que de ciencia para la emancipación humana.

Lo curioso destacado por Marx al comienzo de la *Introducción* es el proceso de individuación legitimado política e ideológicamente en el momento, para entonces, de mayor desarrollo de la sociedad, el capitalismo. Es un movimiento ideológico desde la construcción social a la dominación del individuo. Es una inversión de la creación humana en tanto agregado social. La sociedad burguesa instala la imagen del individuo y de las relaciones entre estos a partir de eternizar la forma privada de apropiación del producto del trabajo social. Los componentes subjetivos (hombre) y objetivos (naturaleza) de la producción, propios de toda época, de la producción en general, en tanto abstracción del tiempo histórico, son reducidos a una forma de apropiación, la privada, naturalizándola, transformándola en eterna. El hombre es “no sólo un animal social, sino un animal que sólo puede aislarse en la sociedad” sostiene Marx. La producción de un individuo aislado, puede ocurrir, pero conlleva en sí “las fuerzas propias de la sociedad” y agrega que es tan absurdo como concebir el “desarrollo del lenguaje sin la presencia de individuos viviendo y hablando juntos”. Está debatiendo con la intelectualidad hegemónica de su tiempo. No es sólo crítica de la economía política, es crítica de la ciencia y la razón de su tiempo.

La preocupación por el momento histórico de la producción es fundamental, puesto que, haciendo abstracción, la producción siempre supone una interacción entre la humanidad y la naturaleza, mediada por instrumentos de producción, aunque estos se reduzcan a la mano del hombre. Pero el problema existe cuando se reduce el capital a instrumento de trabajo, en tanto, dice Marx, “relación natural universal y eterna; sí, pero a condición de que se omita precisamente el elemento específico, el único que transforma en capital ‘el instrumento de producción’, el ‘trabajo acumulado’”. Recordar que para los clásicos del pensamiento económico el capital es “trabajo acumulado”. Es conveniente insistir que lo específico en el estudio de Marx fue el capital, que su plan de trabajo preveía otros aspectos, tales como los ya dichos: la propiedad de la tierra, el trabajo asalariado; el Estado, el comercio exterior y el mercado mundial; pero lo que pudo desarrollar y explicitar en vida y en profundidad es la parte relativa al capital. Para los economistas clásicos, el capital es “trabajo acumulado”, y lo que Marx está

estudiando es precisamente la especificidad de la dominación capitalista, del “trabajo acumulado” como categoría definitoria en la producción, específica, del capital y del capitalismo.

Resulta interesante cuando destaca que “un pueblo se encuentra en su apogeo industrial cuando lo esencial para él no es todavía el beneficio, sino la búsqueda de la ganancia. Superioridad, en ese sentido, de los yanquis sobre los ingleses” (pp. 59). Dicho en 1857 y que bien podría extrapolarse a comienzos del siglo XXI, cuando algunos observan las crisis fiscales, de la deuda y del comercio exterior de EE.UU., sin visualizar la “ganancia” del capital transnacional con ese origen. El orden económico remite al fenómeno de la ganancia y la desigualdad creciente, con base en el trabajo no pagado, en el plusvalor, que acumula en la propiedad privada del capital, ahora transnacional y que subsume al conjunto de la sociedad.

Otro aspecto de la crítica de Marx en la *Introducción* es la diferenciación que existe entre los economistas entre producción y distribución, asignando a la producción un estatus diferenciado respecto de la distribución. Marx destaca respecto de los economistas:

[Estos] tratan de presentar la producción, a diferencia de la distribución, etc., como encerrada dentro de leyes naturales, eternas, independientes de la historia, y con tal motivo intentan deslizar bajo cuerda la idea de que las relaciones *burguesas* son leyes naturales inmutables de la sociedad concebida *in abstracto*. Tal es el objetivo a que tiende, más o menos concientemente, todo este procedimiento. En la distribución, por el contrario, los hombres se habrían permitido actuar, en los hechos, con mucha mayor arbitrariedad. Abstracción hecha de esa separación brutal entre la producción y la distribución, y de la ruptura de su relación real, se puede ver desde el comienzo, con claridad, por lo menos lo siguiente: por diversa que pueda ser la distribución en los diferentes estadios de la sociedad, tiene que ser posible, de la misma manera que para la producción, extraer los caracteres comunes, y también debe ser posible borrar o suprimir todas las diferencias históricas, para enunciar leyes que se apliquen al *hombre en general* (pp. 59-60)

En síntesis, nos propone no confundir producción y distribución en general, sino identificar lo específico de la producción y la distri-

bución en el capitalismo, y por ello concluye que “las pretendidas condiciones generales de toda producción no son otra cosa que esos factores abstractos que no responden a una etapa histórica real de la producción” (pp. 61). Es la conclusión una crítica a la economía política que explica a la producción como un fenómeno general, universal, quitando toda historia humana en la construcción de la sociedad burguesa.

En el segundo acápite, “Relación general entre la producción y la distribución, el intercambio y el consumo”, se analiza desde otro ángulo el mismo tema: la producción capitalista. Concluye señalando:

Una producción determina, pues, un consumo, una distribución, un intercambio determinado, y rige igualmente las *relaciones recíprocas determinadas de esos distintos momentos*. A decir verdad, también la producción, en su forma exclusiva, es, por su parte, determinada por los otros factores. Por ejemplo, cuando el mercado, es decir, la esfera del intercambio, se amplía, crece el volumen de la producción y se opera en ella una división más profunda. Una transformación de la distribución engendra una transformación de la producción; tal cosa sucede, por ejemplo, cuando existe concentración del capital, o distinta división de la población en la ciudad y en el campo, etc. Por último, las necesidades inherentes al consumo determinan la producción. Hay acción recíproca entre los distintos momentos. Así sucede con cualquier totalidad orgánica (pp. 76).

Esta totalidad orgánica son la producción, la distribución, el intercambio y el consumo. Los propietarios de los medios de producción definen las formas de la producción y, por tanto, la distribución, mediante lo cual se define la capacidad de intercambio en el mercado y el propio consumo. El consumo supone la producción, ya que al consumir fuerza de trabajo en el proceso productivo se producen mercancías, como al consumir el trabajador reproduce sus condiciones de trabajo. El intercambio difunde lo producido para recrear la producción, y la distribución asegura la posibilidad de volver a producir y a ampliar la misma.

Son reflexiones conclusivas en debate a las posiciones de la economía política de época, que establece las unidades entre cada uno de los procesos y la producción, de modo que la producción es resul-

tado del vínculo entre necesidades y naturaleza; “la distribución determina la proporción en que cada individuo participa en el reparto de dichos productos” dice Marx, para luego explicar críticamente que la distribución es resultado de la forma que definen las clases dominantes, las que definen tanto las formas de la producción como de la distribución y, por lo tanto, no hay una secuencia lógica entre producción y distribución, del mismo modo que hoy la disputa por la renta nacional al interior de cada formación económico social está determinada por la lucha de clases, y más específicamente por la disputa en la apropiación del ingreso nacional. Incluso en el plano internacional por la disputa de los capitales, globalmente considerados, en la apropiación del excedente socialmente generado. El capital en condiciones concretas define los modos de producción y distribución. Es el accionar del sujeto (humanidad, clases dominantes subordinando clases subalternas) de la producción sobre el objeto (naturaleza) el que crea la producción y sus modos, de la misma manera en la que se establecen las formas de la apropiación en un todo orgánico. Y sigue criticando la lógica de los economistas cuando piensan y dicen que “el intercambio le procura los productos determinados en que quiere convertir la parte que le ha tocado en la distribución; en el consumo, por último, los productos se convierten en objetos de disfrute, de apropiación individual” (pp. 63). La reflexión *in extenso* de Marx aporta a desarmar el silogismo de los economistas para articular el intercambio y el consumo con las condiciones sociales de la dominación del capital, en tanto construcción social que genera en forma permanente el consumo e incluso las formas del consumo para la extensión del mercado, de la producción y de la apropiación, de la reproducción y de la dominación.

Respecto del consumo, Marx alude que “el hambre es el hambre, pero el hambre que se satisface con carne cocida, comida con cuchillo y tenedor, es un hambre distinta a la que devora la carne cruda sirviéndose de las manos, las uñas y los dientes” (pp. 67). No interesa sólo el objeto de consumo sino el modo del consumo, y este es social e histórico, del mismo modo en que en la actualidad la “moda” en el vestir, o en el cotidiano vivir (las comidas que se comen, las bebidas que se beben, las casas y muebles que visten las viviendas, como los automotores que se demandan más allá de las

necesidades concretas de movilidad, por ejemplo, unidades propulsadas por motores 4x4 para transitar ciudades donde apenas si se alcanza a utilizar un tercio de la potencia incluida en el motor del vehículo) definen no sólo el consumo, sino la producción.

Así, Marx destaca que “el resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que son todos elementos de una totalidad, diferenciaciones en el interior de una unidad”.

CONSIDERACIONES SOBRE EL MÉTODO

Del mismo modo en que antes criticó el análisis de la “producción en general”, ahora comienza su exposición criticando la moda generalizada de los manuales de economía política que iniciaban los estudios por asuntos tan concretos como la población, las exportaciones, las importaciones, la producción y el consumo, señalando:

Sin embargo, si se mira más de cerca, se advierte que ese es un error. La población es una abstracción si se omiten, por ejemplo, las clases de que está compuesta. Estas clases son, a su vez, una frase hueca si se hace caso omiso de los elementos sobre los cuales se basan: el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos suponen el intercambio, la división del trabajo, los precios, etcétera (pp. 77).

Está señalando que empezando por la población nada se explica si no considero otras categorías más simples que determinan a la propia categoría población y que, por lo tanto, se debe comenzar por el estudio de esas categorías, de esas abstracciones para entonces reconstruir el camino que lo lleve a la población, pero sobre la base del conocimiento de esas determinaciones. La gran determinación será el trabajo, en tanto actividad humana transformadora, y el capital, en tanto categoría histórica que subordina al conjunto de categorías y fenómenos explicativos del proceso económico. El trabajo y el capital, recordando lo ya manifestado sobre el capital como trabajo acumulado. En definitiva, el trabajo. Para pensar hoy, luego de 150 años, ¡cuánto trabajo acumulado, cuánto capital a expropiar por los expropiados!

Es una crítica al modo (método) de explicar los fenómenos económicos, de aquellos que se detienen explicando economía mediante la riqueza material de un país o sociedad. Así, el país es rico por su producción agraria, industrial o sus servicios, como riqueza en su conjunto, pero sin considerar las formas que asume esa producción, esclava en la Roma antigua, capitalista en la sociedad contemporánea. No es lo mismo el tipo de relaciones sociales para la producción de maíz bajo la dominación de la civilización azteca y las formas modernas, actuales, de la administración de campos bajo el dominio del paquete tecnológico subordinado a la producción genéticamente modificada en manos de monopolios transnacionales. No sólo, ni tanto, no importa la producción del maíz o cualquier bien o servicio, sino las formas de producirlo y de apropiarse del producto socialmente generado. Por ello es que el “método” debe indagar sobre elementos más simples que contribuyan a develar el carácter relacional de la producción, que permita hacer visible lo que hay detrás del producto único (maíz), es decir, detrás se encuentran productores expropiados, explotados, mediados por el mercado (vendedores), para encontrarse con consumidores, productivos (industriales) o finales. La economía política no trata sobre cosas o acumulación de cosas (riquezas), sino de relaciones entre personas, en todo caso, mediados por las cosas, las que se definen por su carácter social.

En el método de la economía política aparece lo social y lo histórico, o dicho de otro modo, lo histórico socialmente determinado. A ese proceso social histórico le corresponden fenómenos económicos concretos, determinaciones y categorías (conceptos) explicativos de esa realidad. El fenómeno social se explicita con conceptos, categorías que explican las determinaciones del funcionamiento de la sociedad. Por ello es que Marx se preocupa por dónde empezar a explicar la economía política y realiza la crítica a los manuales que pretendiendo empezar por lo concreto terminan cayendo en abstracciones sobre las cuales recién pueden regresar a lo concreto, pero ahora pensado. Esa es la razón para estudiar el capital y el dinero, sus primeras preocupaciones económicas en los *Grundrisse* y en la *Contribución a la crítica de la economía política*, textos para los cuales había pensado en la *Introducción* que acá comentamos. Marx señala sobre “el método científico correcto”:

Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones y, por lo tanto, unidad de la diversidad. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida y, por consiguiente, asimismo, el punto de partida de la visión inmediata y la representación.

[...]

Los economistas del siglo xvii, por ejemplo, comienzan siempre por una totalidad viva: población, nación, el Estado, varios Estados; pero siempre terminan por separar por medio del análisis varias relaciones generales abstractas, determinantes, tales como el trabajo, la división del trabajo, la necesidad, el valor de cambio, para elevarse hasta el Estado, los intercambios entre naciones y el mercado mundial. Este último método es, manifestamente, el método científico correcto (pp. 78).

Nótese cómo introduce aquí la concepción general de su plan de estudio que incluía la comprensión del mismo fenómeno desde la visión de las tres clases principales, los capitalistas, los terratenientes, los trabajadores asalariados y luego el Estado, el comercio internacional y el mercado mundial.

Mirando los campos de la pampa húmeda y más allá de la Argentina, se puede intuir la importancia de la soja en la economía nacional. Ese puede ser el punto de partida para pensar en la economía de la Argentina, pero sumando las extensiones de plantación de soja, o los establecimientos empresariales asociados a su acopio y procesamiento, transformación en aceites y subproductos, sólo podemos cuantificar un tipo de producción, pero así no determinamos lo esencial de las formas de producción en concreto en el país, ni siquiera del campo. Puede sí ser el punto de partida concreto para pensar, para hacer abstracción y estudiar algunos fenómenos invisibles al observador desprevenido. ¿Quién es el propietario de la tierra? ¿Es él quien gestiona la producción, o sólo es un rentista? Incluso pensar los impactos sociales y en la cultura, en la vida cotidiana de un caso y otro. Una cosa es ser productor y ocupar la vida en la producción como productor directo o incluso como gestor del trabajo de otros (explotación de fuerza de trabajo), o ser rentista por

el solo hecho de ser propietario del medio de producción (tierra), lo que libera tiempo para otros quehaceres, sea el ocio, la especulación, o el derroche de los recursos apropiados. Analizando desde la abstracción aparecen las relaciones sociales detrás del producto, sea la soja, el maíz, la producción de automotores o la construcción inmobiliaria. En esa búsqueda de la abstracción es que aparecen las determinaciones históricas que fundamentan la categoría central de cada momento y así es como se define al capital como la categoría central, que condiciona incluso formas previas de producción, como la agricultura, que aparece antes históricamente y, sin embargo, el capital la tiñe con la impronta de la producción de plusvalor.

Son categorías que explican los fenómenos reales y no producto de la inventiva del filósofo. Son conceptos relativos a fenómenos preexistentes. Por ello es que Marx realiza la crítica a Hegel:

Cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento, que se concentra en sí mismo, se profundiza en sí mismo, se mueve por sí mismo, en tanto que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto no es, para el pensamiento, otra cosa que la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo en forma de un concreto pensado. Pero este no es en modo alguno el proceso de la génesis de lo concreto mismo (pp. 78).

No es la idea la que genera el proceso concreto, sino que la categoría abstracta, por ejemplo, el valor “supone la población, una población que produzca en condiciones determinadas; supone además, cierto género de familia, o de comuna, o de Estado, etcétera” (pp. 78). Está pensando filosóficamente para fundamentar el método de la economía política en la abstracción para pensar lo concreto. Se parte del capital para explicar la explotación, las clases sociales y, en definitiva, lo concreto que es la población, ya no como masa indiferenciada de individuos, sino como parte de un conjunto de relaciones sociales que establecen un orden, ideológicamente sustentado como eterno y universal. Es esa la justificación burguesa del fin de la historia, demostrando que en las concepciones contemporáneas de la misma existe muy poco de novedoso.

Karl Marx analiza las relaciones sociales más simples, las determinaciones, y las categorías que la explican y su vínculo con

el desarrollo de la sociedad. Por ello señala la justeza en Hegel de comenzar “la filosofía del derecho por la posesión, ya que esta constituye la relación jurídica más simple del sujeto”, destacando que ello (la categoría posesión) supone la organización social, en familia o en tribu, aunque no sea aún propiedad y esta suponga un nivel más desarrollado de sociedad. La posesión es una abstracción, derivada del fenómeno social de agrupamiento humano que la supone. En la tribu se posee, fuera de la tribu o la organización social nada de ello es posible. La tribu es relación social y estudiar la posesión es el punto de partida para evitar el análisis diverso de las especificidades de esa organización social histórica. Ocurre y ejemplifica también con el dinero, categoría antiquísima que se encuentra en la antigüedad, pero con funciones escasas al interior de esas sociedades y utilizadas para el intercambio con otras civilizaciones; pero también con categorías como la división del trabajo o la cooperación, altamente desarrolladas en civilizaciones que “históricamente carecen de madurez”, donde no existe “tipo alguno de moneda, por ejemplo, [en] el Perú”. Es destacable cuando Marx se detiene en la categoría trabajo, ya que en general remite a la universalidad del proceso de humanización. El hombre es tal, producto del trabajo. El trabajo es una categoría simple, como su representación universal, “sin embargo, concebido desde el punto de vista económico en esa forma simple, el ‘trabajo’ es una categoría tan moderna como las relaciones que engendra esa abstracción simple”, lo que le permite criticar al monetarismo que ve “la riqueza en el dinero” y desarrolla en breve síntesis el paso gigantesco en la teoría económica con la aparición del sistema “de los fisiócratas [que] plantea una forma determinada de trabajo –la agricultura– como la forma de trabajo creadora de riqueza, y presenta el objeto mismo, no ya la forma disimulada del dinero, sino como producto en cuanto tal, como resultado general del trabajo” (pp. 81). Luego sostiene la importancia y el salto teórico que realiza Adam Smith al pasar de la consideración del trabajo agrícola al “trabajo a secas, es decir, ni el trabajo manufacturero, ni el trabajo comercial, ni el trabajo agrícola, sino todas esas formas de trabajo en su carácter común”. Agrega:

La indiferencia respecto de un género determinado de trabajo presupone la existencia de una totalidad sumamente desarrollada de tipos de trabajo reales, ninguno de los cuales es absolutamente predominante. De tal modo, las abstracciones más generales sólo nacen, en definitiva, con el desarrollo concreto más rico, donde un carácter aparece como común a muchos, como común a todos. Entonces se deja de poder pensarlo sólo bajo una forma particular (pp. 82).

Es una síntesis magnífica para una clase sobre el desarrollo histórico del pensamiento económico. En pocas líneas se establece el paso de la economía política, en tanto especulación, a su emergencia como pensamiento científico, que desarrolla la crítica como tarea permanente.

Es así como Marx explica que “la sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y más variada que existe”, y conociéndola se pueden estudiar las sociedades pre-existentes, destacando que “la anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono. En las especies animales inferiores no es posible entender los signos anunciadores de una forma superior si no se conoce la forma superior misma. Del mismo modo, la economía burguesa nos da la clave de la economía antigua, etcétera” (pp. 83). Pero aclara que esto es válido no en el sentido de la economía burguesa que unifica las formas capitalistas con todas las formas previas. Conociendo la renta se puede entender el diezmo, pero deben asumirse como diferentes, como resultados de dos modos históricos diferentes de la producción y el desarrollo social. Es aquí donde Marx califica a la economía política como ciencia histórica, social, donde:

El sujeto, en este caso la sociedad burguesa moderna, está dado tanto en la realidad como en la mente, y que por consiguiente las categorías expresan formas de existencia determinadas, a menudo simples aspectos particulares de esa sociedad determinada, de ese sujeto, y que por lo tanto dicha sociedad no comienza en modo alguno a existir, *inclusive desde el punto de vista científico*, solamente desde el momento en que se habla de ella como tal (pp. 84).

Está aludiendo a que aunque aparezca la agricultura como primera forma histórica de producción, no se trata de empezar el análisis de la producción capitalista por allí, o por la categoría renta, sino

que en la producción capitalista lo determinante y que subordina al conjunto de las categorías es el capital.

En la antigüedad existía la producción industrial, pero subordinada a la producción agrícola, en cambio, en el capitalismo, es la industria la que subordina todas las formas productivas. La agricultura está subordinada a la industria en la sociedad burguesa. La producción agraria es capitalista y por ello lo determinante es el capital. Recordemos una vez más que Marx se proponía estudiar luego de *El capital* la propiedad del suelo, el trabajo asalariado, el Estado, el comercio internacional y el mercado mundial. Es la propuesta de estudiar las clases principales de la sociedad burguesa y su articulación para la dominación en el Estado y con él las relaciones entre naciones (economía nacional asociada a las riquezas administradas por el Estado) y el mercado mundial. Dice Marx:

No se puede concebir la renta de la tierra sin el capital. Pero es posible entender el capital sin la renta de la tierra. El capital es la fuerza económica de la sociedad burguesa, que todo lo domina. Constituye, necesariamente, el punto de partida y el punto final, y debe ser explicado antes que la renta de la tierra. Después de haberlos estudiado cada uno en particular, es preciso examinar sus relaciones recíprocas (pp. 85-86).

Una cosa es el momento histórico de aparición del fenómeno e incluso de la categoría que lo explica, y otro el carácter de subordinación que se establece en el proceso de desarrollo histórico.

El capital es la categoría por excelencia de la sociedad capitalista. Se trata de un orden inverso al que parece ser el orden natural de emergencia de las categorías económicas. Es por allí por donde se empieza. Los textos de economía política divulgados en vida de Marx tratarán sobre el dinero y el capital. En el Tomo I de *El capital*, su máxima obra escrita, sobre una primera sección explicativa de la teoría del valor, con el gran aporte sobre el proceso de trabajo y el valor de la mercancía fuerza de trabajo, el resto es la explicación de la categoría “capital” y su esencia con la ley del plusvalor. Pero el plusvalor tiene sustento en la ley del valor, y el valor y el plusvalor son categorías de relaciones sociales, de relaciones de intercambio (valor), de relaciones de explotación (plusvalor). El capital es pro-

ducto del valor y el plusvalor es trabajo acumulado, es producto del trabajo. Es una creación social e histórica de los trabajadores.

EL ACÁPITE CUATRO

Tres páginas muy sugerentes culminan la *Introducción*. Son apuntes a desarrollar que nunca se terminarán y con un apartado final subtitulado “El arte griego y la sociedad moderna”, donde vuelve sobre el tema de las determinaciones, la historia y el desarrollo social. Son pocas líneas de una gran belleza y donde se tratan temas filosóficos de gran envergadura. Trata sobre la inspiración del arte y sus causalidades históricas. Correlaciona la mitología griega con el arte griego, y a este como producto de aquella, destacando el valor artístico de esas formas del arte, aun en la actualidad, cuando ya no es posible ese arte específico. Es un análisis de las relaciones sociales y el imaginario derivado en la formación cultural y estética del ser humano socialmente condicionado.

Se interroga Marx si “¿es compatible Aquiles con la pólvora y el plomo? O, de manera general, ¿la *Iliada* con la prensa, o mejor aun con la máquina de imprimir? ¿Acaso el canto, el poema épico, la musa, no desaparecen necesariamente ante la regla del tipógrafo, acaso no se desvanecen las condiciones necesarias de la poesía épica?” (pp. 92). Son preguntas con respuesta inducida sobre el dominio de los procesos reales sobre las concepciones, sobre los mismos, aún en el arte. No son las ideas las que construyen la realidad, sino que esta favorece la imaginación creativa para asumir formas de explicación de lo realmente existente. Son reflexiones para desmentir toda alusión al “economicismo” de Marx y la pertinencia de considerarlo un pensador integral de la humanidad, comprometido con la perspectiva de emancipación humana. Marx trataba de estudiar y criticar la base económica de la sociedad para fundamentar la revolución. Es lo que se dice en el Prólogo de 1859 y que con justicia reivindica Luporini:

En la *Introducción* de 1857, que permaneciera inédita y fragmentaria, Marx había comenzado a afrontar el problema en su totalidad [la

revolución]. La desigualdad de desarrollo o “desproporción” de los planes superestructurales respecto al fundamento económico, la permanencia y transmisión de valores (como los estéticos) a través de formaciones sociales muy lejanas, la recuperación de la validez histórica de sistemas jurídicos nacidos en diversas condiciones de la sociedad, estos son los principales problemas [...] Marx se interrumpe aquí. La elaboración de la “crítica de la economía” era por entonces una tarea mucho más urgente (Marx, 1972).

En el estudio sobre las doctrinas económicas del comentado Eric Roll se explicita que Marx va más allá de la economía para fundamentar la transformación social y que para ello acude a la política, a la revolución proletaria. Parte de una incomprensión del pensamiento integral de Marx, filosófico, que necesita avanzar en la crítica de la economía política, de la filosofía de su época y de la política realmente existente, tal como lo demuestra la diversidad de temas abordados por su pluma, sobre la coyuntura o la historia, sobre el movimiento obrero y sus luchas, pero todos son esfuerzos asentados sobre el asunto esencial de reconocer “que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política”.

RELACIONES ENTRE HISTORIA Y TEORÍA

Estamos en el año 2007. Han pasado ya 150 años desde que Karl Marx (1818-1883) escribiera en 1857 la introducción de un texto que no terminó de escribir y que quedará como borrador. Sus apuntes continuaron entre 1857 y 1858 para tampoco publicarse y pasaron a la historia como los *Grundrisse*, lo que puede considerarse su obra completa de crítica de la economía política y que parcialmente publicará en 1859 bajo el título de *Contribución a la crítica de la economía política*, incluyendo en ella un prólogo donde menciona a la *Introducción* y las razones ya comentadas de su reemplazo. Sólo una década después, en 1867, aparecerá el Tomo I de *El capital*, sin dudas la máxima obra escrita por Karl Marx. Los tomos siguientes se presentaron sobre la base de sus borradores. A los 26 años de edad se involucró con los estudios económicos y surgen los *Manuscritos económicos filosóficos* de 1844, revisando y estudiando críticamente los principales

materiales de una disciplina emergente como la economía política. A los 39 años se aboca a la *Introducción* y comienza con los *Grundrisse*. La *Contribución* la publica a los 41 años de edad y a los 49 publica el primer tomo de *El capital*. Karl Marx muere a los 65 años.

En 1776 Adam Smith (1723-1790) escribe *Investigaciones sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*. Cuando Marx escribe la *Introducción* han pasado 81 años de ese escrito. En 1817 David Ricardo (1772-1823) escribe *Principios de economía política y tributación*. Son 40 años los que transcurren para la escritura de la *Introducción* de Marx. Se puede considerar que con la *Introducción* y los *Grundrisse*, entre 1857 y 1858, Karl Marx ya desarrolló la teoría de la plusvalía y cierra un ciclo histórico sobre el objeto de la economía política. La escuela clásica, tal como la denominó Marx, se interrogaba acerca de las leyes que definían la producción y la distribución, contribuyendo al desarrollo de la teoría del valor y cimentando las primeras explicaciones sobre el intercambio de bienes y servicios. La ley del valor explica el intercambio de equivalentes en el mercado, claro que en condiciones de normalidad, para lo cual se requiere de la abstracción de innumerables factores que son los que hacen oscilar los precios en el intercambio, por encima o por debajo del valor, pero en nada modifica el valor de los bienes intercambiados. Así, precio y valor son dos categorías diferentes. El salto de calidad proporcionado por Marx se concentra en la especificidad de la mercancía fuerza de trabajo, la que se intercambia por su valor y que, puesta a producir, genera mayor valor. Es lo que Marx explicará en el Tomo I como contradicción de la fórmula del capital, ya que al inicio del proceso productivo el capitalista contrata medios de producción y fuerza de trabajo por su valor (entrega dinero equivalente al valor de los medios de producción y la fuerza de trabajo). Luego de producido el bien y llevado al mercado vuelve a producirse un intercambio de equivalentes, puesto que el bien terminado se intercambia por un equivalente en dinero como expresión de la ley del valor, pero resulta que este valor es mayor que el valor adelantado para la compra inicial de los medios de producción y la fuerza de trabajo.

Veamos el ejemplo que sigue.

- 1] El capitalista adelanta 100 unidades de dinero para adquirir todo lo necesario para la producción, medios de producción y fuerza de trabajo.
- 2] Se realiza el proceso de producción y se materializa en una mercancía que se venderá en el mercado por un valor mayor a los 100 originalmente invertidos, supongamos en 120.
- 3] Si en 1] y en 2] se cumple con la ley del valor, de intercambiar equivalentes, en el medio algo ocurrió. Eso que ocurrió es la generación del plusvalor en el proceso de producción.

En 1] el capitalista cambia dinero (D) por mercancías (M), entrega 100 unidades y recibe mercancías equivalentes a 100, bajo la forma de medios de producción y de fuerza de trabajo. En 2] el capitalista vende el producto generado (M') y recibe dinero (D') por 120. En el proceso general, el capitalista razona que entregó 100 y recibió 120, es decir D-D' y, por lo tanto, el dinero produjo más dinero. Lo que se oculta es precisamente el agregado de valor en el proceso productivo, y por ello Marx fundamentará el siguiente curso:

$$D-M \dots p \dots M'-D'$$

Donde D-M es el anticipo que expresa la primera relación de intercambio; $\dots p \dots$ el proceso de producción donde se genera el plusvalor; y M' es el nuevo bien generado y D' el equivalente en dinero de ese intercambio.

Puede considerarse que por 25 años Marx avanza con sus estudios económicos hasta llegar a la publicación del Tomo I de *El capital*, y 41 años de sus 65, entre 1842 y 1883 privilegió sus estudios económicos, en rigor, su crítica de la economía política. Más allá de otros estudios, siguiendo a Luporini, para Marx era tiempo de fundamentar científicamente los estudios económicos, base explicativa de la compleja realidad, la que no se subsana hoy con “repetir lugares comunes como ‘última instancia’ y ‘acción recíproca’” y que nos convoca a retomar el pensamiento de Marx en forma integral. Es desde su función de periodista en la *Gaceta Renana*, tal como relata en el prólogo de 1859, que Karl Marx decide entre 1842 y 1843

estudiar los problemas de la economía. Su formación versaba sobre jurisprudencia, filosofía e historia. Lleva adelante una revisión crítica de la filosofía hegeliana en los *Anales Franco-Alemanes* de 1844 (publicados en París), para concluir que “tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, tienen sus raíces en las condiciones materiales de la vida, cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y los franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de ‘sociedad civil’, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política”. Es una conclusión muy importante que define la esencia de sus preocupaciones científicas.

De París marcha exiliado a Bruselas y continúa sus estudios de economía política. Por lo tanto, sus preocupaciones relativas a los asuntos económicos se remontan a 1842-1844, y unos 15 años después ya está en condiciones de publicar sus conclusiones, las que ya están en el pensamiento, producto de la investigación, y que deben ser expuestas. Ya explicamos que el resultado será la inconclusa *Introducción* de 1857 y los borradores, los *Grundrisse* de 1857-1858. El Prólogo y la *Contribución* de 1859 constituyen ya textos para la difusión hasta la edición de *El capital* en 1867. El trabajo intelectual entre 1859 y 1867 es intenso, incluso hasta su muerte. Marx estaba siempre inconforme e insatisfecho con su trabajo, pues pretendía ir a fondo con sus estudios y revisar todo lo escrito sobre los temas de su preocupación, sumado a lo cual se incorpora el tiempo dedicado al trabajo político. En 1845 se encuentra con Engels en Bruselas, quien ya había escrito la *Situación de la clase obrera en Inglaterra*. Ambos cierran cuentas intelectuales con ellos mismos escribiendo *La ideología alemana* en 1846. Karl Marx destaca entre sus obras, en el prólogo de 1859: el *Manifiesto Comunista*, el *Discurso sobre el libre comercio* y *Miseria de la filosofía* de 1847, junto a las conferencias de 1847 publicadas bajo el título *Trabajo asalariado y capital*. En estos tres trabajos aparecen ya las principales conclusiones. Entre 1848-1849 aparece la *Nueva Gaceta Renana* y Karl Marx suspende sus estudios de economía política y los retoma, ya en Londres, en 1850, gracias al acervo contenido en el Museo Británico, el capitalismo visible en Londres y la nueva etapa que significaba para el capitalismo el descubri-

miento de oro en California y Australia. Desde 1850, y en Londres, revisa todos sus estudios y profundiza para elaborar sus teorías y concepciones. En resumen:

1842

Decide estudiar economía política, siendo clave su estancia en París en 1845 y luego en Bruselas, hasta que interrumpe sus estudios en 1848-1849 y los retoma en Londres desde 1850 (Cuadernos de notas de 1850-1851, publicado con los *Grundrisse* en 1953 en Berlín).

1857

Escribe la *Introducción*, como parte de la *Contribución*.

1857-1858

Los *Manuscritos económicos* (se dan a conocer en 1939 en Moscú y un segundo volumen en 1941; en 1953 se publican en un volumen como *Elementos fundamentales de la crítica de la economía política* [borrador], o *Grundrisse* (*Der Kritik der politischen Ökonomie* [Rohentwurf])).

1859

Se publica la *Contribución* sin la *Introducción* y con un Prólogo muy difundido, más conocido y tratado que la *Introducción*.

1867

Tomo I de *El capital* (luego de 25 años desde la primera preocupación en asuntos económicos).

Trasciende nuestro comentario pero importa considerar brevemente los estudios económicos previos, los *Manuscritos* entre 1844 y 1849, donde el tema central es el mercado, el intercambio, la competencia y no así la producción, tal como aborda en la *Introducción*. Es producto de su escasa formación específica y está influenciado por el clima de época sobre los estudios económicos. Mucho de sus opiniones se sostienen sobre la base del estudio previo, muy destacado por Marx, realizado por el joven Friedrich Engels (2004), dos años menor que Marx. Engels termina su texto y lo publica en febrero de 1844 dejando para más adelante el estudio del “sistema fabril”, forma específica del dominio del capital y que subordina a todas las

categorías. Marx desarrollará ya en los *Manuscritos* de 1844, inspirado en Engels, sí, pero diferenciándose de este con una concepción crítica sobre la moral como base de los problemas. En Marx no hay búsqueda desde la ética o la moral, ni de la filosofía, y por ello la crítica a Proudhon luego en 1847 con *Miseria de la filosofía*, texto que rescata en su prólogo de 1859. En los *Grundrisse* (1857), es decir, en la *Introducción*, salta del mercado, tema de consideración en 1844 a la producción. De la esfera del intercambio a la de la producción, concebida tal como lo vimos como producción, distribución, intercambio y consumo.

Con los *Grundrisse* (1857-1858) aparece el concepto fuerza de trabajo como distinto del de trabajo; el tema ya no es la oferta y la demanda como en 1844, sino la producción, y pasa de la teoría del excedente de Ricardo (que criticara fuertemente en 1844 y considerara con más respeto en 1847 en el texto contra Proudhon) a la teoría de la plusvalía y la acumulación capitalista. La gran ruptura es el pase de la teoría de la oferta y la demanda a la teoría de la acumulación. Anastasio Mansilla[4] dirá que el Tomo I es la esencia y tiene dos partes: el estudio del valor y el plusvalor, por un lado, y el de la acumulación, por el otro; con su esencia en reproducción simple y sus desarrollos como acumulación originaria y reproducción ampliada. La introducción y el prólogo o prefacio son el principio de una obra y, sin embargo, fueron escritas luego del estudio realizado por su autor y expuesto limitadamente en la obra. El principio (de la obra) es el fin, el final, la conclusión (del pensamiento del autor). Con la conclusión inscripta de antemano en ambos textos cortos, Marx introduce al conocimiento del conjunto de sujetos por él interpelados, los trabajadores, un ideario completo para fundamentar la revolución.

[4] Tuve ocasión de acceder a las clases sobre *El capital* bajo la dirección de Mansilla en una temporada de estudio en Moscú, en el primer bimestre de 1984. Mansilla, español de origen, huérfano de la Guerra Civil española, terminó viviendo en Rusia por la solidaridad soviética ante la represión franquista. Fue profesor de varias camadas de hispanohablantes que acudían a los cursos de marxismo de la Escuela del PCUS. A él le gustaba comentar que entre sus más destacados estudiantes figuraban Fidel Castro y Ernesto Guevara, a quienes enseñó en Cuba *El capital* al comienzo de la revolución. Uno de sus deseos era conocer Argentina. Pudo materializarlo en 1986, poco antes de su fallecimiento. Puede consultarse su *Comentarios de la sección séptima del Tomo I de El capital*, un texto sobre la acumulación editado en Cuba (1976).

La ley de la oferta y la demanda (mercado) explica por qué un precio oscila por encima o por debajo del valor, pero nada dice sobre la causa del valor, sobre la esencia, la que se encuentra, no en la esfera mercantil, sino en la de la producción, tema que Marx expondrá en detalle en el acápite IV de “Salario, precio y ganancia”, bajo el título de “Oferta y demanda”, texto publicado en 1865 y que se integra ya en el Tomo I de *El capital* en 1867. Por eso es que en lugar de valor del trabajo como equivalente de valor de las mercancías, lo que corresponde es hablar de valor de la fuerza de trabajo, en tanto mercancía y, por tanto, valor, que se intercambia en el mercado. “En la medida en que sólo es la expresión en dinero del valor, el precio fue llamado, por Adam Smith, precio natural, y por los fisiócratas franceses, *prix nécessaire*” (Marx, 1955). En este texto, Marx termina diciendo:

Al mismo tiempo, y aun prescindiendo por completo de la esclavización general que entraña el sistema del trabajo asalariado, la clase obrera no debe exagerar a sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad. No debe, por tanto, entregarse por entero a esta inevitable lucha guerrillera, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado. Debe comprender que el sistema actual, aun con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad. En vez del lema conservador de “¡Un salario justo por una jornada de trabajo justa!”, deberá inscribir en su bandera esta consigna revolucionaria: “¡Abolición del sistema del trabajo asalariado!”.

Está previniendo contra el objetivo reformista, sindicalista, de la lucha cotidiana por las mejoras salariales y laborales. Pero a continuación, insiste:

Después de esta exposición larguísima y me temo que fatigosa, que he considerado indispensable para esclarecer un poco nuestro tema principal, voy a concluir, proponiendo la siguiente resolución:

1. Una subida general de los tipos de salarios acarrearía una baja de la cuota general de ganancia, pero no afectaría, en términos generales, a los precios de las mercancías.
2. La tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el promedio estándar del salario, sino a reducirlo.
3. Las tradeuniones [sindicatos] trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasan, en algunos casos, por usar poco inteligentemente su fuerza. Pero, en general, fracasan por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de esforzarse, al mismo tiempo, por cambiarlo, en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación final de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema del trabajo asalariado.

En la “Advertencia” escrita por la editorial Pasado y Presente se destaca a la *Introducción* como “un trabajo de indudable importancia teórica” y señala que para Althusser:

Puede con toda razón ser considerada como el *Discurso del método* de la nueva filosofía fundada por Marx. Es tal vez el único texto sistemático de Marx que contiene, bajo la forma de un análisis de las categorías y el método de la economía política, la enunciación de la ley general de las formaciones económico-sociales, base de su concepción materialista de la historia. Es en esa “ley general” donde se encuentra el verdadero y único criterio objetivo para la construcción de un modelo de las formaciones económico-sociales. De allí que la *Introducción* tenga una enorme importancia científica, pues posibilita la elaboración de una teoría de las condiciones del proceso de producción del conocimiento científico: sin duda, uno de los objetivos de la filosofía marxista (Marx, 1972).

COMENTARIOS FINALES

Cuando Karl Marx escribe su *Introducción* está en pleno proceso la producción de su pensamiento, estudiando a los clásicos de la economía política y realizando la crítica a esa producción teórica. He-

mos pretendido señalar los aspectos salientes del texto y ubicarlo en perspectiva histórica. El texto es una demostración cabal del intelectual produciendo conocimiento, en interacción crítica con los intelectuales contemporáneos o influyentes en el pensar de su época y con el movimiento social y político de los trabajadores en tanto sujetos del cambio revolucionario. Son aportes para la comprensión de fenómenos insuficientes o incorrectamente dilucidados para la explicación del orden social vigente entonces y ahora. Marx aportó al entendimiento del carácter histórico y transitorio del capitalismo, negando su eternidad y explicando el método para la interpretación de la cotidiana realidad económica.

Son muchos los aportes de Marx a la teoría de la revolución, pero puede ser útil seguir un texto de Fridrich Engels, escrito en junio de 1877 y editado en 1878 relativo a una nota biográfica de Karl Marx, que, aunque largo, vale la pena su mención in extenso:

De los muchos e importantes descubrimientos con que Marx ha inscripto su nombre en la historia de la ciencia, sólo dos podemos destacar aquí.

El primero es la revolución que ha llevado a cabo en toda la concepción de la historia universal. Hasta aquí, toda la concepción de la historia descansaba en el supuesto de que las últimas causas de todas las transformaciones históricas habían de buscarse en los cambios que se operan en las ideas de los hombres, y de que de todos los cambios, los más importantes, los que regían toda la historia, eran los políticos. No se preguntaban de dónde les vienen a los hombres las ideas ni cuáles son las causas motrices de los cambios políticos. Sólo en la escuela moderna de los historiadores franceses, y en parte también de los ingleses, se había impuesto la convicción de que, por lo menos desde la Edad Media, la causa motriz de la historia europea era la lucha de la burguesía en desarrollo contra la nobleza feudal por el Poder social y político. Pues bien, Marx demostró que toda la historia de la humanidad, hasta hoy, es una historia de luchas de clases, que todas las luchas políticas, tan variadas y complejas, sólo giran en torno al Poder social y político de unas u otras clases sociales; por parte de las clases viejas, para conservar el poder, y por parte de las ascendentes clases nuevas, para conquistarlo. Ahora bien,

¿qué es lo que hace nacer y existir a estas clases? Las condiciones materiales, tangibles, en que la sociedad de una época dada produce y cambia lo necesario para su sustento. La dominación feudal de la Edad Media descansaba en la economía cerrada de las pequeñas comunidades campesinas, que cubrían por sí mismas casi todas sus necesidades, sin acudir apenas al cambio, a las que la nobleza belicosa defendía contra el exterior y daba cohesión nacional o, por lo menos, política. Al surgir las ciudades y con ellas una industria artesana independiente y un tráfico comercial, primero interior y luego internacional, se desarrolló la burguesía urbana, y conquistó, luchando contra la nobleza, todavía en la Edad Media, una incorporación al orden feudal, como estamento también privilegiado. Pero, con el descubrimiento de los territorios no europeos, desde mediados del siglo xv, la burguesía obtuvo una zona comercial mucho más extensa, y, por tanto, un nuevo acicate para su industria. La industria artesana fue desplazada en las ramas más importantes por la manufactura de tipo ya fabril, y esta, a su vez, por la gran industria, que había hecho posible los inventos del siglo pasado, principalmente la máquina de vapor, y que a su vez repercutió sobre el comercio, desalojando, en los países atrasados, al antiguo trabajo manual y creando, en los más adelantados, los modernos medios de comunicación, los barcos de vapor, los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico. De este modo, la burguesía iba concentrando en sus manos, cada vez más, la riqueza social y el poder social, aunque tardó bastante en conquistar el poder político, que estaba en manos de la nobleza y de la monarquía, apoyada en aquella. Pero al llegar a cierta fase –en Francia, desde la gran Revolución–, conquistó también este y se convirtió, a su vez, en clase dominante frente al proletariado y a los pequeños campesinos. Situándose en este punto de vista –siempre y cuando se conozca suficientemente la situación económica de la sociedad en cada época; conocimientos del cual, ciertamente, carecen en absoluto nuestros historiadores profesionales–, se explican del modo más sencillo todos los fenómenos históricos, y asimismo se explican con la mayor sencillez los conceptos y las ideas de cada período histórico, partiendo de las condiciones económicas de vida y de las relaciones sociales y políticas de ese período, condicionadas a su vez por aquellas. Por primera vez se erigía la historia sobre su

verdadera base; el hecho palpable, pero totalmente desapercibido hasta entonces, de que el hombre necesita en primer término comer, beber, tener un techo y vestirse, y por tanto, trabajar, antes de poder luchar por el mando, hacer política, religión, filosofía, etc.; este hecho palpable, pasaba a ocupar, por fin, el lugar histórico que por derecho le correspondía.

Para la idea socialista, esta nueva concepción de la historia tenía una importancia culminante. Demostraba que toda la historia, hasta hoy, se ha movido en antagonismos y luchas de clases, que ha habido siempre clases dominantes y dominadas, explotadoras y explotadas, y que la gran mayoría de los hombres ha estado siempre condenada a trabajar mucho y disfrutar poco. ¿Por qué? Sencillamente, porque en todas las fases anteriores del desenvolvimiento de la humanidad, la producción se hallaba todavía en un estado tan incipiente, que el desarrollo histórico sólo podía discurrir de esta forma antagónica y el progreso histórico estaba, en líneas generales, en manos de una pequeña minoría privilegiada, mientras la gran masa se hallaba condenada a producir, trabajando, su mísero sustento y a acrecentar cada vez más la riqueza de los privilegiados. Pero, esta misma concepción de la historia, que explica de un modo tan natural y racional el régimen de dominación de clase vigente hasta nuestros días, que de otro modo sólo podía explicarse por la maldad de los hombres, lleva también a la convicción de que con las fuerzas productivas, tan gigantescamente acrecentadas, de los tiempos modernos, desaparece, por lo menos en los países más adelantados, hasta el último pretexto para la división de los hombres en dominantes y dominados, explotadores y explotados; de que la gran burguesía dominante ha cumplido ya su misión histórica, de que ya no es capaz de dirigir la sociedad y se ha convertido incluso en un obstáculo para el desarrollo de la producción, como lo demuestran las crisis comerciales, y sobre todo el último gran crac y la depresión de la industria en todos los países; de que la dirección histórica ha pasado a manos del proletariado, una clase que, por toda su situación dentro de la sociedad, sólo puede emanciparse acabando en absoluto con toda dominación de clase, todo avasallamiento y toda explotación; y de que las fuerzas productivas de la sociedad, que crecen hasta escapársele de las manos a la burguesía, sólo están es-

perando a que tome posesión de ellas el proletariado asociado, para crear un estado de cosas que permita a cada miembro de la sociedad participar no sólo en la producción, sino también en la distribución y en la administración de las riquezas sociales, y que, mediante la dirección planificada de toda la producción, acreciente de tal modo las fuerzas productivas de la sociedad y su rendimiento, que se asegure a cada cual, en proporciones cada vez mayores, la satisfacción de todas sus necesidades razonables.

El segundo descubrimiento importante de Marx consiste en haber puesto definitivamente en claro la relación entre el capital y el trabajo; en otros términos, en haber demostrado cómo se opera, dentro de la sociedad actual, con el modo de producción capitalista, la explotación del obrero por el capitalista. Desde que la economía política sentó la tesis de que el trabajo es la fuente de toda riqueza y de todo valor, era inevitable esta pregunta: ¿cómo se concilia esto con el hecho de que el obrero no perciba la suma total de valor creada por su trabajo, sino que tenga que ceder una parte de ella al capitalista? Tanto los economistas burgueses como los socialistas se esforzaban por dar a esta pregunta una contestación científica sólida; pero en vano, hasta que por fin apareció Marx con la solución. Esta solución es la siguiente. El actual modo de producción capitalista tiene como premisa la existencia de dos clases sociales: de una parte, los capitalistas, que se hallan en posesión de los medios de producción y de sustento, y de otra parte, los proletarios, que, excluidos de esta posesión, sólo tienen una mercancía que vender: su fuerza de trabajo, mercancía que, por tanto, no tienen más remedio que vender para entrar en posesión de los medios de sustento más indispensables. Pero el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario invertido en su producción, y también, por tanto, en su reproducción; por consiguiente, el valor de la fuerza de trabajo de un hombre medio durante un día, un mes, un año, se determina por la cantidad de trabajo plasmado en la cantidad de medios de vida necesarios para el sustento de esta fuerza de trabajo durante un día, un mes o un año. Supongamos que los medios de vida para un día exigen seis horas de trabajo para su producción o, lo que es lo mismo, que el trabajo contenido en ellos representa una cantidad de trabajo de seis horas; en este caso, el

valor de la fuerza de trabajo durante un día se expresará en una suma de dinero en la que se plasmen también seis horas de trabajo. Supongamos, además, que el capitalista para quien trabaja nuestro obrero le paga esta suma, es decir, el valor íntegro de su fuerza de trabajo. Ahora bien; si el obrero trabaja seis horas del día para el capitalista, habrá reembolsado a este íntegramente su desembolso: seis horas de trabajo por seis horas de trabajo. Claro está que de este modo no quedaría nada para el capitalista; por eso este concibe la cosa de un modo completamente distinto. Yo, dice él, no he comprado la fuerza de trabajo de este obrero por seis horas, sino por un día completo. Consiguientemente, hace que el obrero trabaje, según las circunstancias, 8, 10, 12, 14 y más horas, de tal modo que el producto de la séptima, de la octava y siguientes horas es el producto de un trabajo no retribuido, que, por el momento, se embolsa el capitalista. Por donde el obrero al servicio del capitalista no se limita a reponer el valor de su fuerza de trabajo, que se le paga, sino que, además crea una plusvalía que, por el momento, se apropia el capitalista y que luego se reparte con arreglo a determinadas leyes económicas entre toda la clase capitalista. Esta plusvalía forma el fondo básico del que emanan la renta del suelo, la ganancia, la acumulación de capital; en una palabra, todas las riquezas consumidas o acumuladas por las clases que no trabajan. De este modo, se comprobó que el enriquecimiento de los actuales capitalistas consiste en la apropiación del trabajo ajeno no retribuido, ni más ni menos que el de los esclavistas o de los señores feudales, que explotaban el trabajo de los esclavos o de los siervos, y que todas estas formas de explotación sólo se diferencian por el distinto modo de apropiarse del trabajo no pagado. Y con esto, se quitaba la base de todas esas retóricas hipócritas de las clases poseedoras de que bajo el orden social vigente reinan el derecho y la justicia, la igualdad de derechos y deberes y la armonía general de intereses. Y la sociedad burguesa actual se desenmascaraba, no menos que las que la antecedieron, como un establecimiento grandioso montado para la explotación de la inmensa mayoría del pueblo por una minoría insignificante y cada vez más reducida.

Estos dos importantes hechos sirven de base al socialismo moderno, al socialismo científico. En el segundo tomo de *El capital* se desarrollan estos y otros descubrimientos científicos no menos im-

portantes relativos al sistema social capitalista, con lo cual se revolucionan también los aspectos de la economía política que no se habían tocado todavía en el primer tomo. Lo que hay que desear es que Marx pueda entregarlo pronto a la imprenta (Marx y Engels, 1955).

Hemos abusado de la palabra de Engels por su sencillez y profundidad y por la vigencia de la argumentación. Respecto del primer aspecto vale destacar aquello de que las clases sociales surgen y se mantienen sobre las condiciones materiales que la sociedad de una época produce y de allí el interés en el estudio de la “producción” realizado por Marx en su breve *Introducción*. Esas condiciones tangibles se expresan hoy en la extensión territorial y simbólica de la producción capitalista (relaciones de producción) a todo el mundo y, por ello, el segundo asunto relativo a la relación entre el capital y el trabajo, entre los capitalistas y los trabajadores, la relación social de explotación. No sólo se trata del mantenimiento de la esencia desarrollada en la ley de la plusvalía, sino en la forma histórica actual de la producción y reproducción del capital y la dominación de una clase sobre el conjunto de la sociedad.

Karl Marx pretendía aportar a la producción de conocimiento para la transformación social. Es aún una asignatura pendiente, que nos convoca luego de siglo y medio a recorrer el camino de la crítica científica al pensamiento hegemónico actual para contribuir desde la especificidad del conocimiento a la revolución, inspiración y causa por la cual Marx vivió.

BIBLIOGRAFÍA

- Aricó, José 2000 "Presentación" en Marx, Karl *El capital*, Libro I, Capítulo VI (inédito). *Resultados del proceso inmediato de producción* (México DF: Siglo XXI).
- Dobb, Maurice 1973 *Introducción a la economía* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Dussel, Enrique 1985 *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse* (México DF: Siglo XXI).
- Engels, Friedrich 1974 *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Buenos Aires: Diáspora).
- Engels, Friedrich 2004 "Esbozos para una crítica de la economía política" en Marx, Karl *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (Buenos Aires: Colihue).
- Keynes, John Maynard 1983 *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Mansilla, Anastasio 1976 *Comentarios a la sección séptima del Tomo I de El capital* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Marx, Karl 1955 "Salario, precio y ganancia" en Marx, Karl y Engels, Friedrich *Obras Escogidas* (Moscú: Ediciones de Lenguas Extranjeras) Tomo I.
- Marx, Karl 1972 *Introducción general a la crítica de la economía política / 1857* (Buenos Aires: PyP) Cuadernos de Pasado y Presente N° 1.
- Marx, Karl 1973 *El capital* (Buenos Aires: Cartago).
- Marx, Karl 1989 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858* (México: Siglo XXI).
- Marx, Karl 2000 *El capital* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Marx, Karl 2004 *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* (Buenos Aires: Colihue).
- Marx, Karl y Engels, Friedrich 1955 *Obras Escogidas* (Moscú: Instituto de Marxismo Leninismo-Editorial de Literatura política del Estado) Tomo I y II.
- Roll, Eric 1984 *Historia de las doctrinas económicas* (México DF: Fondo de Cultura Económica).



INTRODUCCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA / 1857

KARL MARX



INTRODUCCIÓN

PRODUCCIÓN, CONSUMO, DISTRIBUCIÓN, INTERCAMBIO (CIRCULACIÓN)

I. PRODUCCIÓN

**EL OBJETO A CONSIDERAR ES, EN PRIMER TÉRMINO, LA
PRODUCCIÓN MATERIAL**

Individuos que producen en sociedad, y por lo tanto una producción de individuos socialmente determinada, tal es, naturalmente, el punto de partida. El cazador y el pescador individuales y aislados, por los cuales comienzan Smith y Ricardo, forman parte de las chatas ficciones del siglo XVIII. Robinsonadas que en modo alguno expresan, como lo imaginan ciertos historiadores de la civilización, una simple reacción contra los excesos de refinamiento y un regreso a un estado natural mal entendido. Del mismo modo, el *Contrato social* de Rousseau, que establece, entre sujetos independientes por naturaleza, relaciones y vínculos por medio de un pacto, tampoco se basa en semejante naturalismo. Es sólo apariencia, y apariencia de orden puramente estético, la que existe en las pequeñas y en las grandes robinsonadas. En realidad se trata de una anticipación de la “sociedad burguesa” que se preparaba desde el siglo XVI y que desde el XVIII marchaba a pasos de gigante hacia su madurez. En esa sociedad, en la cual reina la libre competencia, el individuo aparece separado de las vinculaciones naturales, etc., que hacen de él, en épocas históricas anteriores, un elemento de un conglomerado humano determinado y limitado. Para los profetas del siglo XVIII –Smith y Ricardo todavía se sitúan por completo en sus posicio-

nes— ese individuo del siglo XVIII —producto de, por una parte, la descomposición de las formas feudales de sociedad y, por otra, de las nuevas fuerzas de producción que se desarrollaron después del siglo XVI— aparece como un ideal que habría existido *en el pasado*. Ven en él, no una culminación histórica, sino el punto de partida de la historia, porque consideran a dicho individuo como algo natural, en consonancia con su concepción de la naturaleza humana, y no un producto de la historia, sino un dato de la naturaleza. Esta ilusión ha sido compartida hasta ahora por toda nueva época. Steuart, que en más de un sentido se opone al siglo XVIII, y que en su calidad de aristócrata se ubica más bien en el terreno histórico, ha escapado a esta ingenua ilusión.

Cuanto más remontamos el curso de la historia, más aparece el individuo —y por consiguiente también el individuo productor— en un estado de dependencia, como miembro de un conjunto más grande: ese estado se manifiesta en primer lugar, en forma completamente natural, en la familia, y en la familia ampliada, hasta formar la tribu; luego en las diferentes formas de comunidad surgidas de la oposición y la fusión de las tribus. Sólo en el siglo XVIII, en la “sociedad burguesa”, las distintas formas del conjunto social se presentan al individuo como un simple medio de realizar sus objetivos particulares, como una necesidad exterior. Pero la época que engendra ese punto de vista, el del individuo aislado, es precisamente aquella en la cual las relaciones sociales (que desde ese punto de vista adquieren un carácter general) alcanzan el máximo desarrollo conocido hasta el presente. El hombre es, en el sentido más literal, un ζῷον πολιτικόν [animal político], y no sólo un animal social, sino un animal que sólo puede aislarse en la sociedad. La producción realizada fuera de la sociedad por el individuo aislado —hecho excepcional, que podría sucederle a un civilizado transportado por azar a un lugar desierto, y que poseyera ya en potencia las fuerzas propias de la sociedad— es algo tan absurdo como la idea de un desarrollo del lenguaje sin la presencia de individuos viviendo y hablando juntos. Es inútil detenerse más tiempo en esto. No existiría razón alguna para abordar este punto si esa necesidad, que tenía un sentido y una razón de ser entre la gente del siglo XVIII, no hubiera sido reintroducida muy seriamente por Bastiat, Carey,

Proudhon, etc., en plena economía política moderna. Es claro que a Proudhon, entre otros, le resulta muy cómodo hacer mitología para dar una explicación histórico-filosófica de una relación económica cuyo origen histórico ignora: la idea de esa relación habría penetrado un buen día, ya completa, en el espíritu de Adán o Prometeo, que entonces la introdujeron en el mundo, etc. Nada más enojoso y chato que el *locus communis* [lugar común] rayano en el delirio.

ETERNIZACIÓN DE LAS RELACIONES DE PRODUCCIÓN HISTÓRICAS PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN EN GENERAL. PROPIEDAD

Por consiguiente, cuando hablamos de producción nos referimos siempre a la producción de una etapa determinada del desarrollo social: de la producción de individuos que viven en sociedad. Por lo tanto, podría parecer que para hablar de la producción en general sería necesario, ya sea seguir el proceso histórico de su desarrollo en sus distintas fases, o bien declarar antes que nada que uno se ocupa de una época histórica determinada, por ejemplo, de la producción burguesa moderna, que es, en realidad, nuestro verdadero tema. Pero todas las épocas de la producción tienen ciertos caracteres comunes, ciertas determinaciones comunes. *La producción en general* es una abstracción, pero una abstracción racional, en la medida en que, al subrayar y precisar bien los rasgos comunes, nos evita la repetición. Sin embargo, ese carácter *general*, o esos rasgos comunes, que permiten establecer la comparación, constituyen a su vez un conjunto muy complejo cuyos elementos divergen para adoptar determinaciones diferentes. Algunos de dichos caracteres pertenecen a todas las épocas, otras son comunes a algunas de ellas solamente. Algunas de esas determinaciones aparecerán como comunes a la época más antigua y a la más moderna. Sin ellas es imposible concebir producción alguna. Pero si bien es cierto que las lenguas más evolucionadas tienen en común con las que lo son menos ciertas leyes y determinaciones, lo que constituye su evolución es precisamente lo que las diferencia de esos caracteres generales y comunes; por lo tanto, es preciso distinguir las determinaciones que valen para la producción en general, a fin de que

la unidad –que surge del hecho de que el sujeto, la humanidad, y el objeto, la naturaleza, son idénticos– no haga olvidar la diferencia esencial. De ese olvido emana, por ejemplo, toda la sabiduría de los economistas modernos que pretenden demostrar la eternidad y la armonía de las relaciones sociales actualmente existentes. Por ejemplo, no es posible la producción sin un instrumento de producción, aunque dicho instrumento sólo fuese la mano. No es posible una producción sin trabajo pretérito, acumulado, aunque dicho trabajo sólo fuese la habilidad que el ejercicio repetido ha desarrollado y fijado en la mano del salvaje. Entre otras cosas, también el capital es un instrumento de producción, también es trabajo pasado, objetivado. Por lo tanto, el capital es una relación natural universal y eterna; sí, pero a condición de que se omita precisamente el elemento específico, el único que transforma en capital “el instrumento de producción”, el “trabajo acumulado”. Así, toda la historia de las relaciones de producción aparece, por ejemplo en Carey, como una falsificación provocada por la malevolencia de los gobiernos. Si no hay producción en general, tampoco hay una producción general. La producción es siempre una rama *particular* de la producción –por ejemplo, la agricultura, la cría de ganado, la manufactura, etc.– o bien constituye un *todo*. Pero la economía política no es tecnología. Por lo demás habrá que explicar (más tarde) la relación entre las determinaciones generales de la producción en una etapa social determinada y las formas particulares de la producción. Por último, la producción tampoco es sólo una producción particular; aparece siempre en forma de cierto cuerpo social de un sujeto social, que ejerce su actividad en un conjunto más o menos grande y rico de ramas de la producción. Tampoco hay lugar aquí para estudiar la relación existente entre la exposición científica y el movimiento real. Producción en general. Ramas particulares de la producción. Producción considerada en su totalidad.

Está de moda en la economía política preceder todo estudio con una parte general –precisamente la que figura bajo el título de “Producción” (por ejemplo, en J. Stuart Mill)– en la cual se habla de las condiciones *generales* de toda producción. Dicha parte general comprende, o debe comprender: el estudio de las condiciones sin las cuales la producción no es posible, y que por lo tanto se limita,

en los hechos, a la mención de los factores esenciales comunes a toda producción. Pero en realidad eso se reduce, como lo veremos, a ciertas determinaciones muy simples, repetidas en monótonas tautologías; y el estudio de las condiciones que favorecen en mayor o menor medida el desarrollo de la producción, como por ejemplo el estado social progresivo o estancado de Adam Smith. Para dar un carácter científico a lo que en él tiene valor como exposición sumaria será preciso estudiar los períodos de diversos *grados de productividad* en el curso del desarrollo de diferentes pueblos, y ese estudio desborda los límites propiamente dichos de nuestro tema, pero en la medida en que entra en este, debe ser expuesto en la parte que explica la competencia, la acumulación, etc. En su forma general, la conclusión llega a la generalidad de que un pueblo industrial se encuentra en el apogeo de su producción en el momento mismo en que, de modo general, ha llegado a su apogeo histórico. Y en los hechos, un pueblo se encuentra en su apogeo industrial cuando lo esencial para él no es todavía el beneficio, sino la búsqueda de la ganancia. Superioridad, en ese sentido, de los yanquis sobre los ingleses. O bien se llega al hecho de que ciertas razas, disposiciones, climas, condiciones naturales, como la situación al borde del mar, la fertilidad del suelo, etc., son más favorables que otras para la producción. Cuestión que nuevamente conduce a la tautología: la riqueza se crea con tanta mayor facilidad en la medida en que sus elementos subjetivos y objetivos existen en un grado más elevado.

Pero en esta parte general, los economistas no tratan en modo alguno todo esto. Tratan, más bien, como lo muestra el ejemplo de Mill, de presentar la producción, a diferencia de la distribución, etc., como encerrada dentro de leyes naturales, eternas, independientes de la historia, y con tal motivo intentan deslizar bajo cuerda la idea de que las relaciones *burguesas* son leyes naturales inmutables de la sociedad concebida *in abstracto*. Tal es el objetivo a que tiende, más o menos concientemente, todo este procedimiento. En la distribución, por el contrario, los hombres se habrían permitido actuar, en los hechos, con mucha mayor arbitrariedad. Abstracción hecha de esa separación brutal entre la producción y la distribución, y de la ruptura de su relación real, se puede ver desde el comienzo, con claridad, por lo menos lo siguiente: por diversa que pueda ser la

distribución en los diferentes estadios de la sociedad, tiene que ser posible, de la misma manera que para la producción, extraer los caracteres comunes, y también debe ser posible borrar o suprimir todas las diferencias históricas, para enunciar leyes que se apliquen al *hombre en general*. Por ejemplo, el esclavo, el siervo, el trabajador asalariado, todos reciben una determinada cantidad de alimentos que les permite subsistir como esclavo, como siervo, como asalariado. Que vivan del tributo, del impuesto, de la renta territorial, de la limosna o del diezmo, el conquistador, el funcionario, el terrateniente, el monje o el levita reciben todos una cuota-parte de la producción social, que se establece según leyes diferentes de las de los esclavos, etc. Los dos puntos principales que todos los economistas colocan bajo este título son: propiedad y garantía de esta última por la justicia, la policía, etc. Se puede responder brevemente a esto.

Respecto del primer punto: toda producción es apropiación de la naturaleza por el individuo en el marco, y por intermedio, de una forma de sociedad determinada. En ese sentido, es una tautología decir que la propiedad (apropiación) es una condición de la producción. Pero es ridículo partir de ahí para pasar de un salto a una forma determinada de la propiedad, por ejemplo a la propiedad privada (cosa que, además, supone igualmente, como condición, una forma opuesta, la *no propiedad*). La historia nos muestra muy pronto, en la propiedad común (por ejemplo, entre los indios, los esclavos, los antiguos celtas, etc.), la forma primitiva, que bajo el aspecto de propiedad comunal representará durante mucho tiempo un papel importante. Pero decir que no puede hablarse de producción, y por consiguiente de sociedad, cuando no existe forma alguna de propiedad, es una pura tautología. Una apropiación que no se apropia nada es una *contradictio in subjecto* [una contradicción en los términos].

Sobre el segundo punto: seguridad de los bienes adquiridos, etc. Si se reducen estas trivialidades a su contenido real, expresan mucho más de lo que creen quienes las predicán. A saber, que toda forma de producción engendra sus propias relaciones jurídicas, su propia forma de gobierno, etc. Establecer relaciones contingentes entre cosas que forman un todo orgánico, establecer entre ellas solamente un vínculo de la reflexión, es carecer de sutileza y perspicacia. Es así que los economistas burgueses tienen el vago

sentimiento de que la producción es más fácil con la policía moderna que, por ejemplo, en la época del “derecho del más fuerte”. Sólo que olvidan que “el derecho del más fuerte” es también un derecho que sobrevive, bajo otra forma, en su “Estado jurídico”.

Cuando las condiciones sociales que responden a una etapa determinada se encuentran apenas en vías de formación, o, por el contrario, cuando ya están en vías de desaparición, se producen, naturalmente, perturbaciones en la producción, aunque tengan un grado y un efecto visible.

Para resumir: todos los estadios de la producción tienen determinaciones comunes, a las cuales el pensamiento otorga un carácter general; pero las pretendidas *condiciones generales* de toda producción no son otra cosa que esos factores abstractos que no responden a una etapa histórica real de la producción.



II. RELACIÓN GENERAL ENTRE LA PRODUCCIÓN Y LA DISTRIBUCIÓN, EL INTERCAMBIO EL CONSUMO

Antes de avanzar en el análisis de la producción es necesario examinar las distintas cuestiones con que los economistas la vinculan.

He aquí la idea, tal como se presenta por sí misma: en la producción, los miembros de la sociedad adaptan (producen, modelan) los productos de la naturaleza de acuerdo con las necesidades humanas; la distribución determina la proporción en que cada individuo participa en el reparto de dichos productos; el intercambio le procura los productos determinados en que quiere convertir la parte que le ha tocado en la distribución; en el consumo, por último, los productos se convierten en objetos de disfrute, de apropiación individual. La producción crea los objetos que responden a las necesidades; la distribución los reparte según las leyes sociales; el intercambio vuelve a repartir lo que ya ha sido repartido, pero según las necesidades individuales; y en el consumo, finalmente, el producto se evade de ese movimiento social y se convierte, en forma directa, en objeto y servidor de la necesidad individual, que satisface en el disfrute. De tal manera la producción aparece como el punto final, la distribución y el intercambio como el término medio, que a su vez tiene un doble carácter, ya que la distribución es el momento que tiene por origen a la sociedad y el intercambio el momento que tiene por origen al individuo. En la producción, la persona se objetiva y en la

persona[1] se subjetiviza la cosa; en la distribución, la sociedad, en forma de determinaciones generales dominantes, es la que representa el papel de intermediaria entre la producción y el consumo; en el intercambio, el paso de la una a la otra está asegurado por la determinación contingente del individuo.

La distribución determina la proporción (la cantidad) de los productos que corresponden al individuo, el intercambio determina los productos que cada individuo reclama como parte que le ha sido asignada por la distribución.

Producción, distribución, intercambio, consumo forman, de tal modo (según la doctrina de los economistas[2]), un silogismo con todas las reglas: la producción constituye lo general, la distribución y el intercambio lo particular, y el consumo lo singular, con lo cual se completa el todo. Sin duda se trata de un encadenamiento, pero muy superficial. La producción es determinada por leyes naturales generales; la distribución, por la contingencia social, y esta, por consiguiente, puede ejercer sobre la producción una acción más o menos estimulante; el intercambio se sitúa entre los dos como un movimiento social de carácter formal, y el acto final del consumo, concebido no sólo como culminación, sino como objetivo final, se encuentra, a decir verdad, fuera de la economía, salvo en la medida en que reacciona a su vez sobre el punto de partida, donde reabre todo el proceso.

Los adversarios de los economistas –adversarios de adentro o de afuera– que les reprochan el hecho de disociar de forma bárbara cosas que constituyen un todo, se ubican, bien sobre el mismo terreno que ellos, o bien por encima de ellos. Nada más trivial que el reproche que se hace a los economistas, de considerar la producción, demasiado exclusivamente, como un fin en sí, alegando que la distribución tiene tanta importancia como ella. Este reproche se basa, precisamente, en la concepción económica según la cual la distribución existe como esfera autónoma, independiente, al lado de

[1] En la versión de Kautsky: “en el consumo”. La Introducción se publicó por primera vez en la revista *Neue Zeit* (xxi, Tomo 1, 1903) según versión realizada por Kautsky. Esta contenía divergencias con el original, las cuales quedan expresadas en estas notas.

[2] Agregado de Kautsky al original.

la producción. O bien se les reprocha que no consideren estas distintas fases en su unidad. ¡Como si esa disociación no hubiese pasado de la realidad a los libros, sino, por el contrario, de los libros a la realidad, y como si se tratase en este caso de un equilibrio dialéctico de conceptos y no de la concepción[3] de las relaciones reales!

LA PRODUCCIÓN ES TAMBIÉN INMEDIATAMENTE CONSUMO

Doble carácter del consumo, subjetivo y objetivo. Por una parte, el individuo que desarrolla sus facultades al producir, las gasta igualmente, las consume en el acto de la producción, del mismo modo que la procreación natural es consumo de fuerzas vitales. En segundo término, consumo de los medios de producción que se emplean, se usan y se disuelven en parte (como por ejemplo en el acto de la combustión) en los elementos del universo. Lo mismo sucede con la materia prima, que no conserva su forma y su constitución naturales, sino que es consumida. Por lo tanto, el acto de producción es él mismo, en todos sus momentos, también un acto de consumo. Por lo demás, así lo admiten los economistas. La producción considerada como inmediatamente idéntica al consumo, y el consumo como coincidente en forma inmediata con la producción, son lo que ellos denominan *consumo productivo*. Esta identidad de producción y consumo se asemeja a la proposición de Spinoza: *Determinatio est negatio* [toda determinación es negación].

Pero esta determinación del consumo productivo sólo es establecida, precisamente, para distinguir el consumo que se identifica con la producción del consumo propiamente dicho, que más bien se concibe como antítesis destructora de la producción. Consideremos, pues, el consumo propiamente dicho.

El consumo es igualmente, de manera inmediata, producción, del mismo modo que en la naturaleza el consumo de los elementos y de las sustancias químicas es producción de la planta. Es evidente que en la alimentación, por ejemplo, que es una forma particular

[3] Kautsky ha leído *Auflösung* (análisis) en lugar de *Auffassung* (concepción).

de consumo, el hombre produce su propio cuerpo. Pero esto rige también para todo género de consumo que, de una u otra manera, contribuya desde cualquier ángulo a la producción del hombre. Producción consumidora. Pero –objeta la economía– esa producción que se identifica con el consumo es una segunda producción, nacida de la destrucción del primer producto. En la primera, el productor se objetivaba; en la segunda, por el contrario, el que se personifica es el objeto que él ha creado. De tal modo, dicha producción consumidora –si bien constituye una unidad inmediata de la producción y el consumo– es distinta en esencia a la producción propiamente dicha. La unidad inmediata, en la cual la producción coincide con el consumo y este con aquella, deja en pie su dualidad fundadora.

Por consiguiente, la producción es inmediatamente consumo, y este, inmediatamente producción. Cada uno es inmediatamente su contrario. Pero al mismo tiempo se opera un movimiento mediador entre los dos términos. La producción es mediadora del consumo, del cual crea los elementos materiales y que sin ella no tendría objeto. Pero el consumo es también mediador de la producción, ya que procura a los productos el sujeto para el cual son productos. El producto alcanza su realización final en el consumo. Unas vías férreas sobre las que no marchan trenes y que, por lo tanto, no se usan, no son consumidas, sólo son vías férreas en el dominio de la δυνατόν [posibilidad] y no en el de la realidad. Sin producción no hay consumo; pero sin consumo tampoco hay producción, pues entonces la producción carecería de objeto. El consumo produce la producción doblemente. En primer lugar, sólo en el consumo se convierte el producto realmente en tal. Por ejemplo, un traje se convierte verdaderamente en traje por el hecho de ser usado; una casa no habitada no es, en rigor, una verdadera casa; por ello, el producto, a diferencia del simple objeto natural, sólo se afirma como producto, sólo *se convierte* en producto en el consumo. Sólo el consumo al absorber el producto le da el toque final (*finishing stroke*), pues la producción no es producto como actividad objetivada, sino sólo como objeto para el sujeto actuante [el consumo produce la producción][4]. Por otro lado, el

[4] Esta frase no existe en el original.

consumo crea la necesidad de una *nueva producción* y, por lo tanto, la razón ideal, el móvil interno de la producción, que es su condición previa. El consumo crea el móvil de la producción; crea, asimismo, el objeto que actúa en la producción determinando su fin. Si resulta claro que la producción ofrece, en su forma material, el objeto del consumo, por lo tanto, es igualmente claro que el consumo *establece idealmente* el objeto de la producción, en forma de imagen exterior, de necesidad, de móvil y de fin. Crea los objetos de la producción en una forma todavía subjetiva. Sin necesidad no hay producción. Pero el consumo reproduce la necesidad.

Por el lado de la producción, a este doble carácter corresponde 1) que esta proporciona al consumo su materia, su objeto. Un consumo sin objeto no es consumo; en ese sentido, pues, la producción crea, produce el consumo. 2) Pero no es sólo el objeto lo que la producción procura al consumo. También le da su aspecto determinado, su carácter, su acabado (*finish*). Así como el consumo daba el toque final al producto como producto, la producción se lo proporciona al consumo. *Antes que nada* el objeto no es un objeto en general, sino un objeto determinado, que debe ser consumido en forma determinada, al cual la propia producción debe servir[5] como intermediaria. El hambre es el hambre, pero el hambre que se satisface con carne cocida, comida con cuchillo y tenedor, es un hambre distinta a la que devora la carne cruda sirviéndose de las manos, las uñas y los dientes. Por consiguiente, lo producido por la producción no es sólo el objeto de consumo, sino también el modo de consumo, y ello, no sólo en forma objetiva, sino también subjetiva. 3) La producción, pues, no proporciona solamente un objeto material a la necesidad, también proporciona una necesidad al objeto material. Cuando el consumo se desprende de su grosería primitiva y pierde su carácter inmediato –y el propio hecho de mantenerse en él sería todavía el resultado de una producción que se ha quedado en un estadio de grosería primitiva–, tiene él mismo, como instinto, el objeto como mediador. La necesidad que experimenta de ese objeto es creada por la percepción de este. El objeto de arte –como todo otro produc-

[5] En el texto de Kautsky: “sirve”.

to— crea un público capaz de comprender el arte y de gozar con la belleza. Por lo tanto, la producción no produce sólo un objeto para el sujeto, sino también un sujeto para el objeto. La producción, por lo tanto, produce el consumo: proporcionándole la materia; determinando el modo de consumo; y haciendo nacer en el consumidor la necesidad de productos que al principio ella presenta simplemente en forma de objetos. Produce, pues, el objeto del consumo, el modo de consumo, el instinto de consumo. Del mismo modo, el consumo engendra la *aptitud* del productor solicitándolo bajo la forma de una necesidad que determina el objetivo de la producción.

La identidad entre consumo y producción aparece, entonces, bajo un triple aspecto:

- 1] *Identidad inmediata*: la producción es consumo; el consumo es producción. Producción consumidora. Consumo productivo. Ambos son denominados consumo productivo por los economistas. La primera adopta la forma de reproducción, el segundo, de consumo productivo. Todas las investigaciones sobre la primera son el estudio del trabajo productivo o improductivo, las investigaciones sobre el segundo son el del consumo productivo o improductivo.
- 2] Cada uno aparece como el medio del otro, es mediado por el otro, cosa que se expresa por su interdependencia, movimiento que los reduce el uno al otro y los hace aparecer como recíprocamente indispensables, aunque sigan siendo exteriores uno al otro. La producción crea la materia del consumo como objeto exterior; el consumo crea para la producción la necesidad como objeto interno, como objetivo. Sin producción no hay consumo; sin consumo no hay producción. Esto aparece en la economía política bajo numerosas formas.
- 3] La producción no es sólo, inmediatamente, consumo, ni el consumo inmediatamente producción; tampoco esta es sólo medio para el consumo, ni el consumo objetivo para la producción, en el sentido de que cada uno de ellos proporciona al otro su objeto: la producción, el objeto exterior del consumo; el consumo, el objeto figurado de la producción. En rigor,

cada uno de ellos no es sólo inmediatamente el otro, ni sólo mediador del otro, sino que cada uno de ellos, al realizarse, crea al otro: se crea bajo la forma del otro. El consumo es el que cumple plenamente el acto de la producción al dar al producto su carácter acabado de producto, al disolverlo consumiendo la forma objetiva independiente que adopta, al elevar el grado de destreza, por la necesidad de repetición, la aptitud desarrollada en el primer acto de la producción; por lo tanto, no es sólo el acto final por el cual el producto se vuelve verdaderamente producto, sino aquel por medio del cual el productor se torna, asimismo, verdaderamente productor. Por otra parte, la producción produce el consumo al crear el modo determinado del consumo, y al hacer nacer enseguida el apetito de consumo, la facultad de consumo, en forma de necesidad. Esta última identidad, que hemos precisado en el parágrafo 3, es comentada en la economía política en múltiples formas, a propósito de las relaciones entre la oferta y la demanda, los objetos y las necesidades creadas por la sociedad y las necesidades naturales.

Nada más sencillo, entonces, para un hegeliano, que establecer como idénticos la producción y el consumo. Y ello no sólo ha sido la obra de hombres de letras socialistas, sino, inclusive, de prosaicos economistas; por ejemplo, de Say, bajo la siguiente forma: cuando se considera a un pueblo, o bien a la humanidad *in abstracto*, se ve que su producción es su consumo. Storch a demostrado el error de Say: un pueblo, por ejemplo, no consume pura y simplemente su producción, sino que además crea medios de producción, etc., capital fijo, etc. Considerar la sociedad como un sujeto único es, además, considerarla desde un punto de vista falso, especulativo. Para un sujeto, producción y consumo aparecen como momentos de un mismo acto. Aquí lo que sólo importa es subrayar lo siguiente. Que se considere la producción y el consumo como actividades de un sujeto o de numerosos individuos[6], ellos aparecen en todo caso como los momentos de un proceso en el cual la producción es el

[6] En el texto de Kautsky: “de individuos aislados”.

verdadero punto de partida y, por consiguiente, también el factor que prevalece. El consumo, como necesidad, es en sí mismo un factor interno de la actividad productora; pero esta última es el punto de partida de la realización y, por lo tanto, también su factor predominante, el acto en el cual todo el proceso vuelve a desarrollarse. El individuo produce un objeto y vuelve sobre sí mismo por el consumo de este último, pero lo hace como individuo productivo y que se reproduce a sí mismo. De tal manera, el consumo aparece como un momento de la producción.

Pero en la sociedad la relación entre el productor y el producto, en cuanto este último está terminado, es una relación exterior, y el regreso del producto al sujeto depende de las relaciones de este con los otros individuos. No se convierte inmediatamente en su poseedor. Del mismo modo, la apropiación inmediata del producto no es el fin que se propone el productor cuando produce en la sociedad. Entre el productor y los productos interviene la distribución, que por medio de las leyes sociales determina la parte que le corresponde en la masa de los productos, con lo cual se coloca entre la producción y el consumo.

Pero, entonces, ¿la distribución constituye una esfera autónoma, al lado y afuera de la producción?

DISTRIBUCIÓN Y PRODUCCIÓN

Lo que en primer lugar llama necesariamente la atención, cuando se consideran los tratados comunes de política, es que todas las categorías son establecidas en ellos bajo una doble forma. Por ejemplo, en la distribución, figuran: renta de la tierra, salario, interés y ganancia; en tanto que en la producción, la tierra, el trabajo, el capital figuran como agentes de la producción. Ahora bien, en lo que respecta al capital, aparece con claridad desde el comienzo presentado en dos formas: como agente de producción; y como fuente de ingresos, como formas de distribución determinadas y determinantes. A consecuencia de ello, interés y ganancia figuran también como tales en la producción, en la medida en que son formas bajo las cuales el capital aumenta, se acrecienta y, por lo tanto, son

factores de su propia producción. Interés y ganancia, como formas de distribución, suponen el capital considerado como agente de la producción. Son modos de distribución que tienen por postulado el capital como agente de la producción. Son, igualmente, modos de reproducción de capital.

De la misma manera, el salario y el trabajo asalariado, que los economistas consideran en otro rubro: el carácter determinado de producción que aquí posee el trabajo aparece allí como determinación de la distribución. Si el trabajo no fuese definido como trabajo asalariado, el modo según el cual participa en la distribución de productos no aparecería en forma de salario, tal es el caso, por ejemplo, en la esclavitud. Por último, la renta de la tierra, para adquirir inmediatamente la forma más desarrollada de la distribución, por medio de la cual la propiedad territorial participa en el reparto de los productos, supone la gran propiedad del terrateniente (mejor dicho, la gran agricultura) como agente de producción, y no simplemente la tierra, del mismo modo que el salario no supone el trabajo a secas. Las relaciones y los modos de distribución aparecen, pues, simplemente, como el reverso de los agentes de producción. Un individuo que participa en la producción en forma de trabajo asalariado, participa en forma de salario en la distribución de los productos, resultados de la producción. La estructura de la distribución está íntegramente determinada por la estructura de la producción. La distribución es, ella misma, un producto de la producción, no sólo en lo que concierne al objeto, el resultado de la producción, que es el único que puede ser distribuido, sino también en lo que concierne a la forma, el modo preciso de participación en la producción, que determina las formas particulares de distribución, es decir, que determina en qué forma participará el productor de la distribución. Es absolutamente ilusorio ubicar la tierra dentro de la producción, la renta de la tierra dentro de la distribución, etcétera.

Economistas como Ricardo, a quienes más se les ha reprochado tener en cuenta sólo la producción, definieron la distribución como objeto exclusivo de la economía política, porque instintivamente veían en las formas de distribución la expresión más clara de las relaciones fijas de los agentes de producción en una sociedad dada.

Con respecto al individuo aislado, la distribución aparece, naturalmente, como una ley social que condiciona su posición dentro de la producción en el marco de la cual produce y que, por lo tanto, precede a la producción. Debido a su origen, el individuo no posee capital ni tierra. Desde su nacimiento se ve reducido al trabajo asalariado, a consecuencia de la distribución social. Pero el hecho mismo de que se ve reducido a ello resulta de la existencia del capital y de la propiedad de la tierra como agentes de producción independientes.

Si se considera sociedades enteras, la distribución, aún desde otro punto de vista, parece preceder a la producción y determinarla, por así decirlo, como un hecho preeconómico. Un pueblo conquistador distribuye el país entre los conquistadores y de tal modo impone cierta distribución y cierta forma de propiedad de la tierra, por lo tanto, determina la producción. O bien se hacen esclavos de los pueblos conquistados, y del trabajo servil la base de la producción; o bien un pueblo, mediante la revolución, destruye la gran propiedad y la divide –con esta nueva distribución otorga un nuevo carácter a la producción–; o bien, por último, la legislación perpetúa la propiedad de la tierra en manos de ciertas familias, o hace del trabajo un privilegio hereditario y de tal manera le imprime un carácter de casta. En todos estos casos –y todos son históricos– la distribución no parece ser organizada y determinada por la producción, sino que, a la inversa, esta parece ser por aquella.

En su concepción más trivial, la distribución aparece como distribución de productos, y así, como más alejada de la producción y, por así decirlo, independiente de ella. Pero antes de ser distribución de productos es distribución de los instrumentos de producción y, lo que es otra determinación de la misma relación, distribución de los miembros de la sociedad entre los distintos géneros de producción (subordinación de los individuos a relaciones de producción determinadas). La distribución de productos no es, manifestamente, otra cosa que el resultado de esa distribución, que se encuentra incluida en el propio proceso de producción y determina la estructura de la producción. Considerar la producción sin tener en cuenta esa distribución, incluida en ella, visiblemente es una abstracción vacía, en tanto que, por el contrario, la distribución de productos es implicada por dicha distribución, que en el origen constituye un

factor de la producción. Ricardo, a quien le interesaba concebir la producción moderna en su estructura social determinada y que es el economista de la producción *par excellence*, afirma, por tal motivo, que no es la producción, sino la distribución, la que constituye el verdadero sujeto de la economía política. De ahí el absurdo de los economistas que hablan de la producción como una verdad eterna, a la vez que relegan la historia al dominio de la distribución.

El problema de saber qué relación se establece entre la distribución y la producción que ella determina surge manifiestamente de la propia producción. Si se pretendiera que debido a que la producción tiene necesariamente su punto de partida en cierta distribución de los instrumentos de producción, la distribución, por lo menos en ese sentido, precede a la producción, constituye su condición previa, se podría responder que la producción tiene, efectivamente, sus propias condiciones y premisas, que constituyen sus factores. Estos últimos pueden aparecer al comienzo como datos naturales. El proceso mismo de la producción transforma dichos datos naturales en datos históricos, y si bien durante un período aparecen como premisas naturales de la producción, fueron, durante otro período, el resultado histórico de la misma. Son constantemente modificados en el marco de la producción. Por ejemplo, el maquinismo ha modificado tanto la distribución de los instrumentos de producción como la de los productos. La gran propiedad terrateniente moderna es el resultado, tanto de la industria y el comercio modernos, como de la aplicación de esta última a la agricultura.

Los problemas formulados anteriormente se reducen, en última instancia, al de saber en qué forma las condiciones históricas intervienen en la producción y cuál es la relación de esta con el movimiento histórico en general. Surge, como es manifiesto, de la discusión y el análisis de la producción misma.

Sin embargo, bajo la forma trivial en que han sido formulados precedentemente, se los puede solucionar también en pocas palabras. En todas las conquistas hay tres posibilidades. El pueblo conquistador impone al conquistado su propio modo de producción (por ejemplo, los ingleses en Irlanda, en este siglo, y, en parte, en la India); o bien deja que se conserve el antiguo modo de producción, y se conforma con cobrar un tributo (por ejemplo, los turcos y los

romanos); o se produce una acción recíproca, que da nacimiento a algo nuevo, a una síntesis (en parte, en las conquistas germánicas). En todos los casos, el modo de producción, sea el del pueblo conquistador o el del conquistado, o el que proviene de la fusión de los dos, es determinante para la nueva distribución resultante. Aunque esta se presente como condición previa del nuevo período de producción, es, de tal modo, a su vez, un producto de la producción, no sólo de la producción histórica en general, sino de tal o cual producción histórica determinada.

Los mongoles, por ejemplo, con sus devastaciones en Rusia, actuaban de acuerdo a su modo de producción, basado en el pastoreo del ganado, que exigía, como condición esencial, grandes espacios deshabitados. Los bárbaros germánicos, cuyo modo de producción tradicional implicaba el cultivo por los siervos y la vida aislada en el campo, pudieron someter a las provincias romanas a esas condiciones, con tanta mayor facilidad cuanto que la concentración de la propiedad territorial, que se había operado en ellas, había trastornado ya completamente el antiguo régimen de la agricultura.

Que en ciertos períodos se habrá vivido solamente del pillaje, constituye una imagen tradicional. Pero para poder saquear es preciso que exista algo que saquear y, por consiguiente, una producción. Y el propio modo de pillaje es determinado, a su vez, por el modo de producción. Una *stock-jobbing nation* [nación de especuladores de bolsa], por ejemplo, no puede ser saqueada como una nación de vaqueros.

En la persona del esclavo, el instrumento de producción es directamente expropiado. Pero, entonces, la producción del país, en beneficio de la cual es expropiado, debe ser organizada de tal manera que permita el trabajo del esclavo, o (como en América del Sur, etc.) es preciso que se cree un modo de producción concordante con la esclavitud.

Las leyes pueden perpetuar en ciertas familias un instrumento de producción, por ejemplo, la tierra. Dichas leyes sólo adquieren importancia económica cuando la gran propiedad territorial armoniza con la producción social, como por ejemplo en Inglaterra. En Francia se ha practicado el pequeño cultivo, a despecho de la existencia de la gran propiedad agraria, aunque esta última fuese destruida por la revolución. Pero ¿qué sucede si se pretende perpetuar

por medio de leyes, por ejemplo, la división de la tierra? A pesar de esas leyes, la propiedad vuelve a concentrarse. Es necesario determinar, por otro lado, qué influencia ejercen las leyes sobre el mantenimiento de las relaciones de distribución y, por consiguiente, cuál es su influencia sobre la producción.

INTERCAMBIO Y PRODUCCIÓN

La propia circulación no es más que un momento determinado del intercambio o, inclusive, del intercambio considerado en su totalidad.

En la medida en que el intercambio no es más que un factor que sirve de intermediario entre la producción y la distribución que ella determina, y el consumo; y, por otra parte, en tanto este último aparece como un factor de la producción, el intercambio también está manifiestamente incluido en esta como un momento.

En primer término, es evidente que el intercambio de actividades y capacidades que se efectúa en la propia producción es un elemento esencial de ella. En segundo lugar, ello rige para el intercambio de productos, en la medida en que sirve para proporcionar el producto acabado destinado al consumo inmediato. En ese sentido, el propio intercambio es un acto incluido en la producción. En tercer lugar, el intercambio (*exchange*) entre comerciantes (*dealers*), por su organización, está determinado enteramente, a la vez, por la producción, y es él mismo actividad productiva. El intercambio sólo aparece como independiente al lado de la producción, como indiferente frente a ella, en la última etapa, en que el producto es intercambiado inmediatamente para ser consumido. Pero, 1) no hay intercambio sin división del trabajo, sea esta natural o aún un resultado ya histórico; 2) el intercambio privado supone la producción privada; 3) la intensidad del intercambio, lo mismo que su extensión y su modo, son determinados por el desarrollo y la estructura de la producción. Por ejemplo, el intercambio entre la ciudad y el campo; el intercambio en el campo, en la ciudad, etc. En todos estos momentos, el intercambio aparece, pues, como directamente comprendido en la producción o determinado por ella.

El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que son todos elementos de una totalidad, diferenciaciones en el interior de una unidad. La producción desborda tanto a sus propios marcos, en su determinación antitética de sí misma, como a los otros momentos. A partir de ella recomienza incesantemente el proceso. Se sobrentiende que el intercambio y el consumo no pueden ser lo predominante. Lo mismo ocurre con la distribución como distribución de productos. Pero como distribución de los agentes de producción, es ella misma un momento de la producción. Una producción determina, pues, un consumo, una distribución, un intercambio determinado, y rige igualmente las *relaciones recíprocas determinadas de esos distintos momentos*. A decir verdad, también la producción, en su forma exclusiva, es, por su parte, determinada por los otros factores. Por ejemplo, cuando el mercado, es decir, la esfera del intercambio, se amplía, crece el volumen de la producción y se opera en ella una división más profunda. Una transformación de la distribución engendra una transformación de la producción; tal cosa sucede, por ejemplo, cuando existe concentración del capital, o distinta división de la población en la ciudad y en el campo, etc. Por último, las necesidades inherentes al consumo determinan la producción. Hay acción recíproca entre los distintos momentos. Así sucede con cualquier totalidad orgánica.

III. EL MÉTODO DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Cuando consideramos un país dado desde el punto de vista de la economía política, comenzamos por estudiar su población, la división de esta en clases, su distribución en las ciudades, en el campo, en la costa marítima, las diferentes ramas de producción, la exportación y la importación, la producción y el consumo anual, el precio de las mercancías, etcétera.

Parece que el buen método consiste en comenzar por lo real y lo concreto, que constituyen la condición previa efectiva y, por consiguiente, en economía política, por ejemplo, por la población, que es la base y el sujeto de todo el acto social de producción. Sin embargo, si se mira más de cerca, se advierte que ese es un error. La población es una abstracción si se omiten, por ejemplo, las clases de que está compuesta. Estas clases son, a su vez, una frase hueca si se hace caso omiso de los elementos sobre los cuales se basan: el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos suponen el intercambio, la división del trabajo, los precios, etc. El capital, por ejemplo, no es nada sin el trabajo asalariado, sin el valor, sin el dinero, los precios, etc. Por lo tanto, si se comenzara de esa manera por la población, se tendría una representación caótica del todo y, mediante una determinación más precisa, mediante el análisis, se llegaría a conceptos cada vez más simples; de lo concreto figurado se pasaría a abstracciones cada vez más tenues, hasta llegar a las determinaciones más simples. A partir de allí sería preciso rehacer el camino hacia atrás, hasta

llegar finalmente, de nuevo, a la población, pero ahora esta ya no sería la representación caótica de un todo, sino una rica totalidad de determinaciones y de numerosas relaciones. El primer camino es el que siguió históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo xvii, por ejemplo, comienzan siempre por una totalidad viva: población, nación, el Estado, varios Estados; pero siempre terminan por separar por medio del análisis varias relaciones generales abstractas, determinantes, tales como el trabajo, la división del trabajo, la necesidad, el valor de cambio, para elevarse hasta el Estado, los intercambios entre naciones y el mercado mundial. Este último método es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones y, por lo tanto, unidad de la diversidad. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida, aunque sea el verdadero punto de partida y, por consiguiente, asimismo, el punto de partida de la visión inmediata y la representación. El primer proceso ha reducido la plenitud de la representación a una determinación abstracta; con el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento. Por ello, Hegel cayó en la ilusión de concebir lo real como resultado del pensamiento, que se concentra en sí mismo, se profundiza en sí mismo, se mueve por sí mismo, en tanto que el método que consiste en elevarse de lo abstracto a lo concreto no es, para el pensamiento, otra cosa que la manera de apropiarse de lo concreto, de reproducirlo en forma de un concreto pensado. Pero este no es en modo alguno el proceso de la génesis de lo concreto mismo. Por ejemplo, la categoría económica más simple –digamos el valor de cambio– supone la población, una población que produzca en condiciones determinadas; supone además, cierto género de familia, o de comuna, o de Estado, etc. No puede existir jamás como no sea bajo la forma de una relación *unilateral* y abstracta de un todo concreto, vivo, ya dado. Por el contrario, como categoría, el valor de cambio lleva una existencia antediluviana. Para la conciencia –y la conciencia filosófica está hecha de tal manera que para ella el pensamiento que concibe constituye el hombre real y, por consiguiente, el mundo aparece como real una vez concebido–, el movimiento de las categorías aparece como un

acto de producción real –que reciba un simple impulso de afuera, y ya se lo lamenta– cuyo resultado es el mundo; y ello (pero esta también es una tautología) es exacto en la medida en que la totalidad concreta, como totalidad pensada, como representación mental de lo concreto, es en los hechos un producto del pensamiento, de la concepción; por el contrario, no es en modo alguno el producto del concepto que se engendraría a sí mismo, que pensaría fuera y por encima de la visión inmediata y de la representación, sino un producto de la elaboración de conceptos a partir de la visión inmediata y la representación. El todo, tal como aparece en el espíritu como una totalidad pensada, es un producto del cerebro pensante, que se apropia del mundo de la única manera que le es posible, de una manera que difiere de la apropiación de ese mundo por el arte, la religión, el espíritu práctico. Después, al igual que antes, el sujeto real subsiste en su independencia fuera del espíritu; y ello durante tanto tiempo como el espíritu tenga una actividad puramente especulativa, puramente teórica. Por consiguiente, en el empleo del método teórico es preciso que el sujeto, la sociedad, esté constantemente presente en el espíritu como premisa.

Pero estas categorías simples, ¿no tienen también una existencia independiente, de carácter histórico o natural, anterior al de las categorías más concretas? *Ça dépend*. Hegel, por ejemplo, tiene razón cuando comienza la filosofía del derecho por la posesión, ya que esta constituye la relación jurídica más simple del sujeto. Pero no existe posesión antes de que exista la familia, o las relaciones entre amos y esclavos, que son relaciones mucho más concretas. Por el contrario, sería justo decir que existen familias, comunidades de tribus, que todavía se encuentran en el estadio de la *posesión* y no en el de la *propiedad*. Respecto de la *propiedad*, la categoría más simple aparece, pues, como la relación de comunidades simples de familias o tribus. En la sociedad que ha llegado a un estadio superior aparece como la relación más simple de una organización más desarrollada. Pero siempre se presupone el sustrato concreto que se expresa por una relación de posesión. Es posible representarse a un salvaje aislado que sea poseedor. Pero la posesión no constituye entonces una relación jurídica. No es exacto que, históricamente, la posesión evolucione hasta la forma familiar. Por el contrario,

siempre supone la existencia de “esa categoría jurídica más completa”. Sin embargo, no sería menos cierto que las categorías simples son la expresión de relaciones en las cuales lo concreto todavía no desarrollado ha podido ser realizado sin haber establecido aún la relación más compleja que encuentra su expresión mental en la categoría más concreta; en tanto que lo concreto más desarrollado deja en pie esa misma categoría como una relación subordinada. El dinero pudo existir y existió históricamente antes de que existiera el capital, que existiesen los bancos, el trabajo asalariado, etc. En ese sentido, puede decirse, entonces, que la categoría más simple puede expresar relaciones dominantes de un todo menos desarrollado, que ya existían históricamente antes de que todo se desarrollara en el sentido que encuentra su expresión en una categoría más completa. En esa medida, la marcha del pensamiento abstracto, que se eleva de lo más simple a lo más complejo, correspondería al proceso histórico real.

Por otra parte, puede decirse que hay formas de sociedad muy desarrolladas, pero que históricamente carecen de madurez, en las cuales se encuentran las formas más elevadas de la economía, como por ejemplo la cooperación, una división del trabajo desarrollado, etc., sin que exista tipo alguno de moneda, por ejemplo, el Perú. También entre los esclavos, el dinero y el intercambio que lo condiciona no aparecen o aparecen poco en el interior de cada comunidad, pero sí lo hacen en sus fronteras, en su tráfico con otras comunidades. Por lo demás, es un error ubicar el intercambio en el centro de las comunidades, hacer de él un elemento que las constituye en su origen. Al comienzo aparece, por el contrario, en las relaciones de las diversas comunidades entre sí, antes que en la relaciones de los miembros en el interior de una sola y misma comunidad. Además, si bien el dinero aparece desde muy temprano y representa un papel múltiple, es, en la antigüedad, como elemento dominante, la dote de naciones determinadas unilateralmente, de naciones comerciantes. Y aun en la antigüedad más cultivada, entre los griegos y los romanos, sólo alcanza su total desarrollo, postulado de la sociedad burguesa moderna, en el período de su disolución. Por consiguiente, esta categoría, que sin embargo es simple, sólo aparece históricamente con todo su vigor en los Estados más desa-

rollados de la sociedad. En modo alguno se abre camino a través de todas las relaciones económicas. En el imperio romano, por ejemplo, en la época de su máximo desarrollo, el impuesto en especies y las prestaciones en especies se mantienen como fundamento. El sistema monetario propiamente dicho sólo se había desarrollado en forma completa en el ejército. Tampoco se adueñó nunca de la totalidad del trabajo. Así, aunque históricamente la categoría más simple pueda haber existido antes que la más correcta, puede pertenecer, en su total desarrollo –en comprensión y en extensión–, precisamente a una forma de sociedad compleja[7], en tanto que la categoría más concreta se encontraba completamente desarrollada en una forma de sociedad que lo era menos.

Trabajo parece ser una categoría muy simple. La idea del trabajo en esa universalidad –como trabajo en general– es, también ella, de las más antiguas. Sin embargo, concebido desde el punto de vista económico en esa forma simple, el “trabajo” es una categoría tan moderna como las relaciones que engendra esa abstracción simple. El sistema monetario, por ejemplo, ubica otra vez en forma absolutamente objetiva, como una cosa fuera de sí, la riqueza en el dinero. En relación con ese punto de vista, fue un gran progreso cuando el sistema manufacturero o comercial trasladó la fuente de la riqueza del objeto a la actividad subjetiva –el trabajo comercial y manufacturero–, aunque todavía no concebía esa actividad a no ser bajo la forma limitada de productora de dinero. Frente a ese sistema, el de los fisiócratas plantea una forma determinada de trabajo –la agricultura– como la forma de trabajo creadora de riqueza, y presenta el objeto mismo, no ya la forma disimulada del dinero, sino como producto en cuanto tal, como resultado general del trabajo. Dado el carácter limitado de la actividad, el producto sigue siendo un producto determinado por la naturaleza, producto de la agricultura, producto de la tierra *par excellence*.

Adam Smith realizó un enorme progreso cuando rechazó toda determinación particular de la actividad creadora de riqueza, para

[7] Restablecido según el original. En el texto de Kautsky: *grade nur kombinierten Gesellschaftsformen* (“precisamente sólo a formas de sociedad complejas”), en lugar de *grade einer kombinierten Gesellschaftform*.

considerar sólo el trabajo a secas, es decir, ni el trabajo manufacturero, ni el trabajo comercial, ni el trabajo agrícola, sino todas esas formas de trabajo en su carácter común. Con la generalización abstracta de la actividad cradora de la riqueza, el producto considerado en términos absolutos o inclusive el trabajo general, pero como trabajo pretérito, objetivado en un objeto.

El ejemplo de Adam Smith, que vuelve a caer de vez en cuando en el sistema de los fisiócratas, muestra cuan difícil e importante era el paso a esas nuevas concepciones. Entonces podría parecer que con ello se había encontrado simplemente la expresión abstracta de la relación más sencilla y antigua que se establece –en cualquier forma de sociedad que fuere– entre los hombres considerados como productores. Y eso es justo en un sentido. En el otro, no. La indiferencia respecto de un género determinado de trabajo presupone la existencia de una totalidad sumamente desarrollada de tipos de trabajo reales, ninguno de los cuales es absolutamente predominante. De tal modo, las abstracciones más generales sólo nacen, en definitiva, con el desarrollo concreto más rico, donde un carácter aparece como común a muchos, como común a todos. Entonces se deja de poder pensarlo sólo bajo una forma particular. Por otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es sólo el resultado, en el pensamiento, de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia respecto de tal trabajo determinado corresponde a una forma de la sociedad en la cual los individuos pasan con facilidad de un trabajo a otro y en la cual el tipo preciso de trabajo es para ello fortuito y, por ende, indiferente. Allí el trabajo se ha convertido, no sólo en el plano de las categorías, sino en la realidad misma, en un medio para crear riqueza en general, y, como determinación, ha dejado de ser cosa exclusiva de los individuos, en algún aspecto particular. Ese estado de cosas alcanzó su grado más alto de desarrollo en la forma de existencia más moderna de las sociedades burguesas: en Estados Unidos. Por lo tanto, sólo allá la abstracción de la categoría “trabajo”, “trabajo en general”, trabajo *sans phrase*, punto de partida de la economía moderna, se convierte en verdad práctica. De tal manera, la abstracción más simple, que la economía política moderna ubica en primer plano y que expresa una relación muy antigua y válida para todas las formas de sociedad, no apare-

ce, sin embargo, bajo esa forma abstracta, como verdad práctica, a no ser como categoría de la sociedad más moderna. Podría decirse que esta indiferencia en cuanto a una forma determinada de trabajo, que se presenta en Estados Unidos como un producto histórico, aparece entre los rusos, por ejemplo, como una disposición natural. Pero, por una parte, qué enorme diferencia entre los bárbaros que poseen disposiciones naturales a dejarse emplear en todos los trabajos y los civilizados que se emplean ellos mismos. Y, por otra parte, entre los rusos, a aquella indiferencia respecto de un trabajo determinado corresponde en la práctica a ese sometimiento tradicional a un trabajo bien determinado, del cual sólo pueden arrancarlo las influencias exteriores.

Ese ejemplo del trabajo muestra en aforma notable que inclusive las categorías más abstractas, aunque válidas –precisamente a causa de su naturaleza abstracta– para todas las épocas, no por eso dejan de ser, bajo la forma determinada de esa abstracción misma, el producto de condiciones históricas, y sólo siguen siendo plenamente válidas para esa condiciones y en el marco de las mismas.

La sociedad burguesa es la organización histórica de la producción más desarrollada y más variada que existe. Debido a ello, las categorías que expresan las relaciones de esa sociedad, y que permiten entender su estructura, permiten al mismo tiempo entender la estructura y las relaciones de producción de todas las forma de sociedad desaparecidas con los escombros y los elementos mediante los cuales se ha edificado, algunos de cuyos vestigios –en parte no superados aún– continúan existiendo en ella, y algunos de cuyos signos sencillos, al desarrollarse, han adquirido toda su significación, etc. La anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono. En las especies animales inferiores no es posible entender los signos anunciadores de una forma superior si no se conoce la forma superior misma. Del mismo modo, la economía burguesa nos da la clave de la economía antigua, etc. Pero en modo alguno a la manera de los economistas que borran todas las diferencias históricas y ven en todas las formas de sociedad las de la sociedad burguesa. Se puede entender el tributo, el diezmo, etc., cuando se conoce la renta de la tierra. Pero no hay por qué identificarlos. Como, además, la propia sociedad burguesa no es más que una forma antitética del desarro-

llo histórico, existen relaciones pertenecientes a formas de sociedad anteriores que sólo se podrán encontrar en ella completamente debilitadas, o inclusive transfiguradas. Por ejemplo, la propiedad comunal. Entonces, si es cierto que las categorías de la economía burguesa poseen cierta verdad válida para todas las otras formas de sociedad, ello sólo puede ser admitido *cum grano salis* [con gran reserva]. Pueden ocultar esas formas desarrolladas, debilitadas, caricaturizadas, etc., pero siempre con una diferencia esencial. Lo que se denomina desarrollo histórico descansa, en definitiva, sobre el hecho de que la última forma considera las formas anteriores como etapas que llevan a su propio grado de desarrollo, y como raras veces es capaz –y ello sólo en condiciones bien determinadas– de hacer su propia crítica –por supuesto que aquí no se trata de los períodos históricos que se consideran ellos mismos épocas de decadencia–, las concibe siempre bajo un aspecto unilateral. La religión cristiana sólo ha sido capaz de ayudar a comprender objetivamente las mitologías anteriores después de haber terminado hasta cierto grado, por así decir δυνάμει [virtualmente], su propia crítica. Del mismo modo, la economía política burguesa sólo llegó a entender las sociedades feudales, antiguas, orientales, el día que comenzó la autocrítica de la sociedad burguesa. En la medida en que la economía política burguesa, al crear una nueva mitología no se identificó pura y simplemente con el pasado, su crítica de las sociedades anteriores, y en particular de la feudal, contra la que todavía tenía que luchar directamente, se parecía a la crítica del cristianismo al paganismo, o aun a la del protestantismo al catolicismo.

Así como en toda ciencia histórica o social en general no hay que olvidar jamás, a propósito de la marcha de las categorías económicas, que el sujeto, en este caso la sociedad burguesa moderna, está dado tanto en la realidad como en la mente, y que por consiguiente las categorías expresan formas de existencia determinadas, a menudo simples aspectos particulares de esa sociedad determinada, de ese sujeto, y que por lo tanto dicha sociedad no comienza en modo alguno a existir, *inclusive desde el punto de vista científico*, solamente desde el momento en que se habla de ella *como tal*. Se trata de una regla que es preciso recordar, pues proporciona indicaciones decisivas para la elección del plan que se adoptará. Nada parece

más natural, por ejemplo, que comenzar por la renta del suelo, la propiedad territorial, dado que está vinculada a la tierra, fuente de toda producción y existencia, y por ella a la primera forma de producción de toda sociedad que ha llegado a cierta estabilidad: a la agricultura. Pero nada sería más erróneo que esto. En todas las formas de sociedad, una producción determinada y las relaciones engendradas por ella asignan su rango e importancia a todas las otras producciones y a las relaciones engendradas por estas. Es como una iluminación general en la que se bañan todos los colores, y que modifica sus tonalidades particulares. Es como un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que surgen en él. He ahí, por ejemplo, los pueblos de pastores (los simples pueblos de cazadores y pescadores están más allá del punto en que comienza el verdadero desarrollo). Entre ellos aparece cierta forma de agricultura, una forma esporádica. Esto es lo que determina entre ellos la forma de la propiedad de la tierra. Se trata de una propiedad colectiva, y conserva en mayor o menor medida esa forma según que dichos pueblos se mantengan más o menos apegados a su tradición: por ejemplo, la propiedad comunal de los eslavos. Entre los pueblos de agricultura sólidamente implantada –y dicha implantación constituye ya una etapa importante–, en los que predomina esa forma de cultura, lo mismo que en las sociedades antiguas y feudales, la propia industria, al igual que su organización y las formas de propiedad que le corresponden, tienen más o menos el carácter de la propiedad territorial. O la industria depende por completo de la agricultura, como entre los antiguos romanos, o bien en la Edad Media, imita, en la ciudad y en sus relaciones, la organización rural. En la Edad Media, el capital mismo –en la medida en que no se trata puramente de capital monetario– tiene bajo las formas de las herramientas del oficio tradicional, etc., ese carácter de propiedad territorial. La agricultura se convierte cada vez más en una simple rama de la industria, y es en todo sentido dominada por el capital. Lo mismo ocurre con la renta de la tierra. En todas las formas de sociedad en que domina la propiedad territorial, la relación con la naturaleza sigue siendo preponderante. En las que domina el capital, el que prevalece es el elemento social creado en el curso de la historia. No se puede concebir la renta de la tierra sin

el capital. Pero es posible entender el capital sin la renta de la tierra. El capital es la fuerza económica de la sociedad burguesa, que todo lo domina. Constituye, necesariamente, el punto de partida y el punto final, y debe ser explicado antes que la renta de la tierra. Después de haberlos estudiado cada uno en particular, es preciso examinar sus relaciones recíprocas.

Por lo tanto sería erróneo e imposible ubicar las categorías económicas en el orden en que han sido históricamente determinantes. Por el contrario, su orden es determinado por las relaciones que existen entre ellas en la sociedad burguesa moderna, y es precisamente el inverso del que parecía ser su orden natural o corresponder a su orden de sucesión en el curso de la evolución histórica. No se trata de la relación que se establece históricamente entre las relaciones económicas en la sucesión de las distintas formas de sociedad. Menos aún, de su orden de sucesión “en la idea” (Proudhon, concepción nebulosa del movimiento histórico). Se trata de su jerarquía en el marco de la sociedad burguesa moderna.

El estado de pureza (de determinación abstracta) en que aparecieron en el mundo antiguo los pueblos comerciantes –fenicios, cartagineses– está determinado por el propio predominio de los pueblos agricultores. El capital, como capital comercial o capital monetario, aparece precisamente bajo esa forma abstracta allí donde el capital no es todavía el elemento dominante de las sociedades. Los lombardos, los judíos, ocupan la misma posición respecto de las sociedades de la Edad Media que practican la agricultura.

Otro ejemplo de las distintas posiciones que ocupan esas mismas categorías en diferentes estadios de la sociedad: una de las últimas formas de la sociedad burguesa, las *joint-stock companies* (sociedades por acciones). Pero también aparecen en sus comienzos en las grandes compañías de comercio que gozan de privilegios y disfrutan de un monopolio.

El propio concepto de riqueza nacional se insinúa entre los economistas del siglo xvii –la idea todavía subsiste en parte entre los del xviii– en esa forma; la riqueza es creada solamente por el Estado, pero el poderío de este se mide por dicha riqueza. Esa era la forma todavía inconcientemente hipócrita que anunciaba la idea que hace de la riqueza misma y de su producción el objetivo final de

los Estados modernos, considerados entonces sólo como medios de producir riquezas.

El plan que se debe adoptar es manifiestamente el siguiente.

- 1] Las determinaciones abstractas generales, que por lo tanto convienen más o menos para todas las formas de sociedad, pero en el sentido expuesto anteriormente.
- 2] Las categorías que constituyen la estructura interna de la sociedad burguesa y sobre las cuales reposan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad de la tierra. Sus relaciones recíprocas. Ciudad y campo. Las tres grandes clases sociales. El intercambio entre ellas. Circulación. Crédito (privado).
- 3] Concentración de la sociedad burguesa en la forma del Estado. Considerado en su relación consigo mismo. Las clases “improductivas”. Impuestos. Deuda pública. Crédito público. La población. Las colonias. Emigración.
- 4] Relaciones internacionales de producción. División internacional del trabajo. Intercambio internacional. Exportación e importación. Cursos del cambio.
- 5] El mercado mundial y las crisis.



IV. PRODUCCIÓN. MEDIOS DE PRODUCCIÓN Y RELACIONES DE PRODUCCIÓN. RELACIONES DE PRODUCCIÓN Y RELACIONES DE CIRCULACIÓN. FORMAS DEL ESTADO Y DE LA CONCIENCIA RESPECTO DE LAS CONDICIONES DE PRODUCCIÓN Y DE CIRCULACIÓN. RELACIONES JURÍDICAS. RELACIONES FAMILIARES

Nota bene, en lo que respecta a los puntos que se debe mencionar aquí y no hay que olvidar.

- 1] La guerra desarrollada anteriormente a la paz: mostrar de qué manera por medio de la guerra y en los ejércitos, etc., ciertas relaciones económicas, como el trabajo asalariado, el maquinismo, etc., se desarrollaron antes que en el interior de la sociedad burguesa. Lo mismo en lo referente a la relación entre la fuerza productiva y las relaciones de circulación, particularmente manifiesta en el ejército.
- 2] *Relación entre la historia idealista tal como se la ha escrito hasta hoy, y la historia real. En particular las que se denominan historias de la civilización, y que son todas historias de la religión y de los estados*[8]. (En esta ocasión se puede hablar también

[8] En Kautsky: "la antigua historia de la religión y de los Estados".

de los distintos géneros de historia escritos hasta ahora. La historia llamada objetiva, la subjetiva [moral, entre otros], la filosófica).

- 3] *Fenómenos secundarios y terciarios.* En forma general, fenómenos de producción *derivados, transferidos*, no originales. Aquí entran en juego relaciones internacionales.
- 4] *Reproches acerca del materialismo de esta concepción. Relación con el materialismo naturalista.*
- 5] *Dialéctica de los conceptos fuerza productiva (medios de producción) y relaciones de producción, dialéctica* cuyos límites es preciso determinar y que no suprime la diferencia real.
- 6] *La relación desigual entre el desarrollo de la producción material y el de la producción, por ejemplo, artística.* En términos generales, no tomar la idea de progreso en la forma abstracta habitual. Arte moderno, etcétera[9]. Esta desproporción está lejos de ser tan importante ni tan difícil de entender como la que se produce en el interior de las relaciones sociales prácticas. Por ejemplo, de la cultura. Relación de Estados Unidos con Europa[10]. Pero la verdadera dificultad que se debe analizar aquí es la siguiente: de qué manera las relaciones de producción, al adoptar la forma de relaciones jurídicas, siguen un desarrollo desigual. Así, por ejemplo, la relación entre el derecho privado romano (para el derecho criminal y el derecho público no es tan así) y la producción moderna.
- 7] *Esta concepción aparece como un desarrollo necesario.* Pero justificación del azar. Cómo (también, especialmente, la libertad). Influencia de los medios de comunicación. La historia universal no ha existido siempre; la historia considerada como historia universal es un resultado.

[9] Restablecido según el original.

[10] Toda la puntuación de este pasaje, llena de errores en el primer descifrado, ha sido restablecida de acuerdo con el original.

- 8] *El punto de partida, naturalmente, en las determinaciones naturales; subjetiva y objetivamente. Tribus, razas, etcétera.*

EL ARTE GRIEGO Y LA SOCIEDAD MODERNA

1) Para el arte, se sabe que ciertas épocas de floración artística no están en modo alguno en relación con el desarrollo general de la sociedad, ni, por consiguiente, con el de su base material, que por así decirlo es el esqueleto de su organización. Por ejemplo, los griegos comparados con los modernos, o inclusive Shakespeare. Para ciertas formas del arte –por ejemplo la epopeya– se reconoce que no pueden ser producidas en la forma clásica con que se inscriben en la historia, en cuanto la producción artística aparece como tal; que, por consiguiente, en el propio dominio del arte algunas creaciones importantes son sólo posibles en un estadio inferior del desarrollo artístico. Si ello es cierto para la relación de los distintos géneros artísticos en el seno del dominio del propio arte, resulta ya menos sorprendente que lo sea igualmente para la relación del dominio artístico todo con el desarrollo general de la sociedad. La dificultad sólo reside en la manera general de captar estas contradicciones. En cuanto se las especifica, quedan, con ello, explicadas.

Tomemos, por ejemplo, la relación del arte griego, primero, y luego del arte de Shakespeare con nuestro tiempo. Se sabe que la mitología griega no fue sólo el arsenal del arte griego, sino la tierra misma que lo nutrió. La forma de ver la naturaleza y las relaciones sociales, que inspira la imaginación griega y constituye por ello el fundamento de la mitología[11] griega, ¿es compatible con las *self-actors* (máquinas de hilar automáticas), las vías férreas, las locomotoras y el telégrafo eléctrico? ¿Qué es Vulcano en comparación con Roberts and Co., Júpiter comparado con el pararrayos y Hermes frente al Credit Mobilier? Toda mitología esclaviza, domina

[11] En el original la palabra ha sido omitida. Se retoma el término “mitología” que aparece en la edición de Moscú, 1939, y que parece más satisfactorio que el vocablo “arte” de la edición de Kautsky.

las fuerzas de la naturaleza en el dominio de la imaginación y por la imaginación, y les da forma: desaparece, pues, cuando esas fuerzas son dominadas realmente. ¿Qué se hace de la diosa Fama al lado del Printing-House Square[12]? El arte griego supone la mitología griega, es decir, la elaboración artística pero inconsciente de la naturaleza (esta palabra sobrentiende aquí todo lo que es objetivo, y por lo tanto, también la sociedad). La mitología egipcia jamás habría podido proporcionar un terreno favorable para la eclosión del arte griego. Pero en todo caso es necesaria una mitología. Por consiguiente, en caso alguno, una sociedad que haya llegado a un estadio de desarrollo que excluya toda relación mitológica con la naturaleza, toda relación generadora de mitos, y que por lo mismo exija al artista una imaginación independiente de la mitología.

Por otra parte, ¿es compatible Aquiles con la pólvora y el plomo? O, de manera general, ¿la *Ilíada* con la prensa, o mejor aun con la máquina de imprimir? ¿Acaso el canto, el poema épico, la musa, no desaparecen necesariamente ante la regla del tipógrafo, acaso no se desvanecen las condiciones necesarias de la poesía épica?

Pero la dificultad no consiste en comprender que el arte griego y la epopeya están vinculados a ciertas formas del desarrollo social. La dificultad reside en que ambos nos procuran todavía un placer estético y que aún tienen para nosotros, en ciertos sentidos, el valor de normas y modelos inaccesibles.

Un hombre no puede volver a ser niño, so pena de caer en la puerilidad. ¿Pero no encuentra acaso placer en la ingenuidad del niño y una vez llegado a un nivel superior, no debe aspirar él mismo a reproducir su verdad? En la naturaleza infantil, ¿no ve cada época revivir su propio carácter en su verdad natural? ¿Por qué la infancia histórica de la humanidad, allí donde ha alcanzado su más bello florecimiento; por qué esa etapa del desarrollo acabada para siempre no ejercería un hechizo eterno? Existen niños mal educados y otros que adoptan aires de personas mayores. Muchos pueblos de la antigüedad pertenecen a esta categoría. Los griegos eran niños normales. El encanto que ejerce sobre nosotros su arte no está en

[12] Imprenta del Times.

contradicción con el carácter primitivo de la sociedad en que creció. Es, más bien, su producto, y, por el contrario, se encuentra vinculado en forma indisoluble al hecho de que las condiciones insuficientemente maduras en que nació –únicas en las que podía haber nacido– no podrán volver a repetirse.



ANEXO

PRÓLOGO DE CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Estudio el sistema de la economía burguesa en este orden: capital, propiedad de la tierra, trabajo asalariado; Estado, comercio exterior, mercado mundial. En los tres primeros tópicos investigo las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la moderna sociedad burguesa; la conexión entre los tres temas restantes salta a la vista. La primera sección del libro primero, que trata del capital, contiene los siguientes capítulos: 1) La mercancía; 2) El dinero o la circulación simple; y 3) El capital en general. Los dos primeros capítulos forman el contenido del presente fascículo. Tengo a la vista todos los materiales de la obra en forma de monografías que fueron escritas con grandes intervalos, en distintos períodos, para el esclarecimiento de mis propias ideas y no para su publicación; la elaboración sistemática de todos estos materiales de acuerdo con el plan indicado dependerá de circunstancias externas.

Suprimo una introducción general que había esbozado[1], prescindiendo de ella porque, habiendo reflexionado, me parece que adelantar resultados que es necesario demostrar primero sólo puede molestar; el lector que quiera realmente seguirme deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general. Sin embargo, me parece oportuno hacer algunas indicaciones referentes a mis propios estudios sobre economía política.

[1] Se refiere a la *Introducción a la crítica de la economía política*.

Mi especialidad era la jurisprudencia que, no obstante, estudié como disciplina secundaria, junto a la filosofía y la historia. En 1842-1843, siendo redactor de la *Gaceta del Rhin* (*Rheinische Zeitung*) me vi por primera vez en la difícil obligación de tener que opinar sobre los llamados intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre la tala furtiva y la parcelación de la propiedad de la tierra, la polémica oficial mantenida entre el señor von Schaper –por entonces gobernador de la provincia renana– y la *Gaceta del Rhin* acerca de la situación de los campesinos del Mosela, y finalmente, los debates sobre el librecurso y el proteccionismo, fueron los que me movieron a ocuparme por primera vez de problemas económicos. Por otra parte, en esa época en que el buen deseo de “ir adelante” superaba en mucho el conocimiento de la materia, en la *Gaceta del Rhin* se había hecho oír un eco del socialismo y del comunismo francés, teñido de un tenue matiz filosófico. Me declaré en contra de ese trabajo de aficionados pero, al mismo tiempo, confesaba sinceramente en una controversia con la *Gaceta General de Augsburgo* (*Allgemeine Augsburger Zeitung*), que mis conocimientos de ese entonces no me permitían aventurar juicio alguno acerca del contenido mismo de las tendencias francesas. Más aún, aproveché diligentemente la ilusión de quienes dirigían la *Gaceta del Rhin*, que creían que suavizando la posición del periódico conseguirían que se revocase la sentencia de muerte ya decretada contra él, para dejar la escena pública y retirarme a mi gabinete de estudio.

El primer trabajo que emprendí para resolver las dudas que me asaltaban fue una revisión crítica de la *Filosofía del derecho* de Hegel, trabajo cuya introducción apareció en 1844 en los *Anales Franco-Alemanes* (*Deutsch-Französische Jahrbücher*), que se publicaban en París. Mis investigaciones me llevaron a la conclusión de que tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, tienen sus raíces en las condiciones materiales de la vida, cuyo conjunto resume Hegel, siguiendo el ejemplo de los ingleses y los franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política. En Bruselas, donde me trasladé en virtud de una orden de destierro ordenada por el

señor Guizot, proseguí mis estudios de economía política iniciados en París. El resultado general al que llegué y que, una vez alcanzado, sirvió de hilo conductor en mis estudios, puede formularse brevemente de la siguiente manera.

En la producción social de su vida, los hombres entran en determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de la conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, es su ser social el que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica se conmociona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas conmociones hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de ese conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de conmoción por su conciencia. Por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las formas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben

dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya existen o, por lo menos, se están gestando las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el modelo burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Friedrich Engels, con el que mantuve un constante intercambio escrito de ideas desde la publicación de su genial bosquejo sobre la crítica de las categorías económicas (en los *Anales Franco-Alemanes*), había llegado por distinto camino (ver su libro *La situación de la clase obrera en Inglaterra*) al mismo resultado que yo. Y cuando en la primavera de 1845 se estableció también en Bruselas, acordamos elaborar en común nuestros puntos de vista para contrastarlos con los conceptos ideológicos de la filosofía alemana; en realidad, saldar cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior. El propósito fue realizado bajo la forma de una crítica a la filosofía poshegeliana. El manuscrito –dos gruesos volúmenes en octavo– estaba, ya hacía mucho tiempo, en manos del editor en Westfalia, cuando nos enteramos de que nuevas circunstancias imprevistas impedían su publicación.

En vista de ello, entregamos de muy buen grado el manuscrito a la crítica roedora de los ratones, pues nuestro objetivo principal, esclarecer nuestras propias ideas, estaba ya conseguido. Entre los trabajos dispersos en que por aquel entonces expusimos al público nuestras ideas, bajo unos u otros aspectos, solo citaré

el *Manifiesto del Partido Comunista*, que redacté en colaboración con Engels, y un *Discurso sobre el librecambio*. Los puntos decisivos de nuestra concepción fueron expuestos por vez primera científicamente, aunque sólo en forma polémica, en la obra *Miseria de la filosofía*, publicada por mí en 1847 y dirigida contra Proudhon. La publicación de un estudio escrito en alemán sobre el *Trabajo asalariado*, en el que recogía las conferencias explicadas por mí acerca de este tema en la Asociación Obrera Alemana de Bruselas, fue interrumpida por la revolución de febrero, que trajo como consecuencia mi alejamiento de Bélgica.

La publicación de la *Nueva Gaceta del Rhin* (*Neue Rheinische Zeitung*), en 1848-1849, y los acontecimientos posteriores, interrumpieron mis estudios económicos, que no pude reanudar hasta 1850 en Londres. La numerosa documentación sobre la historia de la economía política acumulada en el British Museum, la posición tan favorable que brinda Londres para la observación de la sociedad burguesa y, finalmente, la nueva fase de desarrollo en que parecía entrar esta con el descubrimiento del oro de California y Australia, me impulsaron a volver a empezar desde el principio, abriéndome paso, de un modo crítico, a través de los nuevos materiales. Estos estudios me llevaban, a veces por sí mismos, a campos aparentemente alejados y en los que tenía que detenerme más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo reducía el tiempo del que disponía era la necesidad imperiosa de trabajar para vivir. Mi colaboración desde hace ya ocho años en el primer periódico anglo-americano, el *New York Tribune*[2], me obligaba a desperdigar extraordinariamente mis estudios (ya que sólo en casos excepcionales me dedico a escribir para la prensa). Los artículos sobre los acontecimientos económicos más salientes de Inglaterra y el continente formaban una parte tan importante de mis colaboraciones, que me vi obligado a familiarizarme con una serie de detalles de carácter práctico situados fuera de la órbita de la ciencia de la economía política propiamente dicha.

Este esbozo sobre la trayectoria de mis estudios en el campo de la economía política tiende simplemente a demostrar que mis

[2] Diario democrático que se publicó en Nueva York entre 1841 y 1924. Marx colaboró en él desde 1851 hasta 1862.

ideas, cualquiera que sea el juicio que merezcan y por mucho que choquen con los prejuicios interesados de las clases dominantes, son el fruto de largos años de concienzuda investigación. Pero en la puerta de la ciencia, como en la puerta del infierno, debiera estamparse esta consigna:

*Qui si conven ogni sospetto;
Ogni viltà convien che sia morta*[3].

Londres, enero de 1859.

[3] Es bueno que el temor sea aquí dejado / y aquí la cobardía quede muerta.

ÍNDICE ANALÍTICO

[DE LOS TEXTOS DE MARX]



A

ACUMULACIÓN 59
 AGRICULTURA 58, 71, 73-74, 81,
 85-86
 ANIMAL POLÍTICO 56
 ANTAGONISMO 98
 APROPIACIÓN 60, 68, 79, 91
 ARTE 67-68, 79, 91
 GRIEGO 91-92
 MODERNO 90
 ASALARIADO 60, 71-72, 77, 80, 87,
 89, 95, 99

B

BANCOS 80

C

CAPITAL 58, 70-72, 77, 80, 85-86,
 95
 COMERCIAL 86
 CONCENTRACIÓN DEL 76
 FIJO 69
 MONETARIO 85-86
 REPRODUCCIÓN DE 71
 CATOLICISMO 84
 CIENCIA 84, 99, 100
 CIRCULACIÓN 55, 75, 89
 SIMPLE 95
 CLASES 77, 87, 95
 DOMINANTES 100
 SOCIALES 87
 COMERCIANTES 75, 80, 86
 COMERCIO 73, 86
 EXTERIOR 95
 COMPETENCIA 55, 59
 COMUNA 78
 COMUNISMO 96

CONCIENCIA 78, 89, 97
 FILOSÓFICA 78, 98
 SOCIAL 97

CONDICIONES

HISTÓRICAS 73, 83
 MATERIALES 96, 98

CONSUMO 55, 63-70, 75-77

ACTO DE 65, 69
 MODO DE 67-68
 OBJETO DE 67-68
 PRODUCTIVO 65

COOPERACIÓN 80**CRÉDITO**

PRIVADO 87
 PÚBLICO 87

CRISTIANISMO 84**CRÍTICA 84, 95-96, 98****D****DERECHO**

CRIMINAL 90
 DEL MÁS FUERTE 61
 PRIVADO 90
 PÚBLICO 90

DESARROLLO

DE LA PRODUCCIÓN 59, 90
 HISTÓRICO 83, 84

DEUDA PÚBLICA 87**DINERO 77, 80, 81, 95****DISTRIBUCIÓN 55, 57, 59-60, 63-64,
70-77**

DE PRODUCTOS 71-72, 76
 ESTRUCTURA DE LA 71
 SOCIAL 72

DIVISIÓN

DE LA TIERRA 75
 DEL TRABAJO 75, 77, 78, 80

E

ECONOMÍA 64, 66, 77, 80
 ANTIGUA 83
 BURGUESA 83-84, 95
 MODERNA 82
 POLÍTICA 58, 68-69, 71, 73,
 77-78, 95-97, 99
 BURGUESA 84
 MODERNA 57, 82
 ECONOMISTA/S 59-60, 63-65, 68-69,
 71, 73, 78, 83, 86
 BURGUESES 60
 MODERNOS 58
 EDAD MEDIA 85-86
 EJÉRCITO/S 81, 89
 ESCLAVITUD 71, 74
 ESCLAVO/S 60, 72, 74, 79
 ESTADO JURÍDICO 61
 ESTADO/S 78, 80, 86-87, 89,
 95-96
 ESTADOS MODERNOS 87

F

FAMILIA/S 56, 72, 74, 78-79
 FILOSOFÍA 96
 ALEMANA 98
 DEL DERECHO 79
 POSHEGELIANA 98
 FISIÓCRATAS 81-82
 FUERZA/S PRODUCTIVA/S 89-90,
 97-98

G

GANANCIA 59, 70-71
 GRADOS DE PRODUCTIVIDAD 59
 GRANDES COMPAÑÍAS 86
 GRAN PROPIEDAD 71-73

AGRARIA 74

TERRITORIAL 74

GUERRA 89

H

HEGELIANO 69
 HISTORIA 56, 58-60, 73, 85, 89-91,
 96, 99
 IDEALISTA 89
 REAL 89
 UNIVERSAL 90

I

IMPUESTO/S 60, 81, 87
 INDUSTRIA 73, 85
 INTERCAMBIO 55, 63-64, 75-77, 80,
 87, 98
 DE PRODUCTOS 75
 INTERÉS 70

J

JUSTICIA 60

L

LEYES
 NATURALES 59, 64
 SOCIALES 63, 70
 LEY SOCIAL 72
 LIBERTAD 90
 LIBRECAMBIO 96, 99

M

MANUFACTURA 58
 MAQUINISMO 73, 89
 MATERIALISMO 90
 MATERIA PRIMA 65
 MEDIOS DE COMUNICACIÓN 90

MERCADO 76
 MUNDIAL 78, 87, 95
 MERCANCÍA/S 77, 95
 MITOLOGÍA 57, 84, 91-92
 EGIPCIA 92
 GRIEGA 91-92
 MONEDA 80
 MOVIMIENTO 58, 66, 68, 78
 HISTÓRICO 73, 86
 SOCIAL 63-64

N

NACIÓN 74, 78
 NACIONES 78, 80
 NATURALEZA HUMANA 56
 NECESIDAD 56, 63, 67-70, 78, 99

O

ORGANIZACIÓN 75, 79, 83, 85, 91

P

PAGANISMO 84
 PERIÓDICO 96, 99
 PILLAJE 74
 POBLACIÓN 76-78, 87
 POLICÍA 60-61
 POLÍTICA 57-58, 68-71, 73, 77-78, 82, 84, 95-97, 99
 POSESIÓN 79
 PRECIOS 77
 PRENSA 92, 99
 PRODUCCIÓN
 ACTO DE 65-79
 AGENTE/S DE [LA] 70-72, 76
 ARTÍSTICA 91
 CONSUMIDORA 66
 EN GENERAL 57-58

ESTRUCTURA DE LA 71-72, 75
 FACTOR DE LA 73, 75
 INSTRUMENTO/S DE 58, 72-74
 MATERIAL 55, 90
 MEDIOS DE 65, 69, 90
 MODO DE 73-74, 97-98
 OBJETO DE LA 67
 PROCESO DE 72
 RAMAS DE [LA] 58, 77
 SOCIAL 60, 74, 97
 PRODUCCIONES 85
 PRODUCTOR/ES 56, 66, 68-71, 82
 PRODUCTO/S 56, 63-64, 66-76, 79, 81-83, 93
 PROGRESO 81, 90, 98
 PROPIEDAD 60, 72, 74-75, 79, 85, 97
 COLECTIVA 85
 COMÚN 60
 COMUNAL 60, 84-85
 DE LA TIERRA 72, 85, 87, 95-96
 PRIVADA 60
 TERRATENIENTE 71, 73
 TERRITORIAL 71, 74, 85
 PROTECCIONISMO 96
 PROTESTANTISMO 84
 PUEBLO/S 59, 69, 72, 85
 AGRICULTORES 86
 COMERCIANTES 86
 CONQUISTADOR 72-74
 CONQUISTADOS 72
 DE AGRICULTURA 85
 DE CAZADORES 85
 DE LA ANTIGÜEDAD 92
 DE PASTORES 85
 INDUSTRIAL 59

R

RELACIONES

BURGUESAS 59, 98
 DE CIRCULACIÓN 89
 DE DISTRIBUCIÓN 71, 75
 DE PRODUCCIÓN 57-58, 72, 83,
 89, 90, 97-98
 FAMILIARES 89
 JURÍDICAS 60, 89-90, 96
 SOCIALES 56, 58, 90-91

RELIGIÓN 79, 84, 89
 CRISTIANA 84

RENTA

DE LA TIERRA 70-71, 83, 85-86
 TERRITORIAL 60

REVOLUCIÓN 72, 74, 97, 99

RIQUEZA/S 59, 81-82, 86-87

S

SALARIO 70-71

SIERVO 60

SISTEMA

MANUFACTURERO 81
 MONETARIO 81

SOCIALISMO 96

SOCIEDAD/ES

ANTIGUA/S 85, 98
 BURGUESA/S 55-56, 82-84,
 86-87, 89, 95, 98-99
 MODERNA 80, 84, 86

CIVIL 96

FEUDALES 84-85

SUPERESTRUCTURA 97

T

TECNOLOGÍA 58

TERRATENIENTE 60, 71, 73

TIERRA 70-72, 74-75, 81, 83, 85-87,
 91, 95-96

TRABAJADOR ASALARIADO 60

TRABAJO/S 58, 68, 70-72, 74-75,
 77-78, 80-83, 87, 96, 98

ACUMULADO 58

AGRÍCOLA 82

ASALARIADO 71-72, 77, 80, 87,
 89, 95

COMERCIAL 81-82

DIVISIÓN DEL *ver* DIVISIÓN DEL
 TRABAJO

EN GENERAL 81-82

GENERAL 82

MANUFACTURERO 82

PRETÉRITO 58, 82

SERVIL 72

TRIBUS 56, 79, 91

V

VALOR DE CAMBIO 78

ÍNDICE ONOMÁSTICO

[DE LOS TEXTOS DE MARX]



A

ADÁN 57
 AMÉRICA DEL SUR 74
 ANALES FRANCO-ALEMANES
 (DEUTSCH-FRANZÖSISCHE
 JAHRBÜCHER) 96
 AQUILES 92
 AUSTRALIA 99

B

BASTIAT 56
 BÉLGICA 99
 BRUSELAS 96, 98-99

C

CALIFORNIA 99
 CAREY 56, 58

E

ENGELS, FRIEDRICH 98-99
 ESTADOS UNIDOS 82-83, 90
 EUROPA 90

F

FAMA, LA DIOSA 92
 FRANCIA 74

G

GACETA DEL RHIN (RHEINISCHE
 ZEITUNG) 96
 GACETA GENERAL DE AUGSBURGO
 (ALLGEMEINE AUGSBURGER
 ZEITUNG) 96
 GUIZOT 97

H

HEGEL 78-79, 96
 HERMES 91

I

INDIA 73
 INGLATERRA 74, 98-99
 IRLANDA 73

J

JÚPITER 91

K

KAUTSKY 64-65, 67, 69, 81, 89, 91

L

LONDRES 99-100

M

MOSCÚ 91
 MOSELA 96

N

NEW YORK TRIBUNE 99
 NUEVA GACETA DEL RHIN (NEWE
 REINISCHE ZEITUNG) 99
 NUEVA YORK 99

P

PARÍS 96-97
 PERÚ 80
 PROMETEO 57
 PROUDHON 57, 86, 99

R

RICARDO 55, 71, 73

ROUSSEAU 55

RUSIA 74

S

SAY 69

SHAKESPEARE 91

SMITH, ADAM 55, 59, 81-82

SPINOZA 65

STORCH 69

STUART MILL, J. 58

T

TIMES 92

V

VON SCHAPER 96

VULCANO 91

W

WESTFALIA 98



Este libro se terminó de imprimir en la



Hipólito Yrigoyen 1584, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de febrero de 2008.
Primera impresión, 1.500 ejemplares.

Impreso en Argentina